

*P. Jesús Navarrete*

# OALA

---

ISIDORO PEREZ BARRIOS  
AGUSTINO

## DE CATECHIZANDIS RUDIBUS

Orientaciones Básicas  
para  
la Catequesis

---

Serie Verde, N° 8



AGUSTIN DE HIPONA

**DE CATECHIZANDIS  
RUDIBUS**

**Orientaciones Básicas  
para  
la Catequesis**

Iquitos - 1992

Versión Castellana del P. Laureano Andrés

© OALA 1992  
ISBN 84-89295-68-9

Edita:

**OALA**  
Coordinación de M.C.S.  
Putumayo N° 355  
Apartado N° 145  
IQUITOS (Perú)  
Agosto de 1992

Archivo de la OALA  
Convento de San Agustín  
Calle Chile N° 924  
Apartado N° 33  
QUITO (Ecuador)

Impreso en los talleres del  
**CENTRO DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS DE LA AMAZONIA**  
(C.E.T.A.)

Putumayo 355 - Teléf.: 23-3552 - Iquitos-Perú  
FAX: 23-3190

## INDICE

Presentación .....	7
PRIMERA PARTE. Catequesis para principiantes	
Cap. I.- A petición de un diácono de Cartago, escribe el libro "Catequesis para principiantes" .....	9
Cap. II.- Con frecuencia lo que desagrade al que expone agrada al oyente. Por qué sucede esto. Debemos exponer sin cansancio y con alegría .....	10
Cap. III.- Cómo debe hacerse la exposición buscando siempre la caridad. El Antiguo Testamento está en función de la venida de Cristo y su objetivo es la caridad .....	12
Cap. IV.- El mandamiento de la caridad es la principal causa de la venida de Cristo .....	14
Cap. V.- Al que llega al catecismo ha de preguntársele por qué quiere hacerse cristiano .....	17
Cap. VI.- Principio del catecismo. Narración desde la historia de la creación del mundo hasta los tiempos presentes de la Iglesia .....	18
Cap. VII.- La resurrección, el juicio y otras cosas en que se ha de insistir .....	19
Cap. VIII.- Catequesis para personas cultas .....	21
Cap. IX.- Catequesis de eruditos y políticos .....	23
Cap. X.- De cómo conseguir la jovialidad. Seis causas de aburrimiento del catequista. Remedio contra la primera .....	24
Cap. XI.- Remedio contra la segunda causa del aburrimiento .....	27
Cap. XII.- Remedio contra la tercera causa del aburrimiento .....	29
Cap. XIII.- Remedio contra la cuarta causa del tedio. Cómo distraer un poco al oyente cansado. Nueva costumbre de escuchar la palabra de Dios sentados .....	31
Cap. XIV.- Remedio contra la quinta y sexta causas del aburrimiento .....	33

Cap. XV.- Adaptación del discurso a los diversos grupos de oyentes .....	36
SEGUNDA PARTE. Ejemplos prácticos de catequesis.	
Cap. XVI.- La quietud no ha de buscarse en las cosas inquietas. No en las riquezas ni en los honores, deleites sexuales, o espectáculos morbosos .....	38
Cap. XVII.- Razones para entrar en la Iglesia .....	40
Cap. XVIII.- Relato de la creación. Historia de la salvación .....	42
Cap. XIX.- Continúa la historia de la salvación. Los buenos y los malos en la Iglesia serán finalmente separados. Las dos ciudades. El diluvio y el arca, etc. ....	44
Cap. XX.- Esclavitud de los israelitas en Egipto y liberación por el Mar Rojo. La ley escrita por el dedo de Dios. Jerusalén modelo de la ciudad celeste .....	47
Cap. XXI.- Significado de la cautividad de Babilonia .....	50
Cap. XXII.- Las seis edades del mundo. La sexta es la venida de Cristo. Su nacimiento, vida y muerte .....	52
Cap. XXIII.- Envío del Espíritu Santo cincuenta días después de la resurrección. Conversión de los judíos por la predicación de los Apóstoles. Apertura de la Iglesia por obra de Pablo .....	55
Cap. XXIV.- Crecimiento de la Iglesia .....	57
Cap. XXV.- La vida eterna de los santos. Hemos de ser cautos no sólo de los paganos, judíos y herejes, sino también de los malos cristianos. Nuestra compañía debe estar con los buenos, pero no pongamos nuestra esperanza en ellos .....	59
Cap. XXVI.- Iniciación de los catecúmenos. Conveniencia de ser breve en los discursos. El Hijo de Dios fue enviado para que fuéramos liberados de la muerte que nos vino por Adán .....	63
Cap. XXVII.- Las profecías del A. Testamento se cumplen en la Iglesia .....	64

## PRESENTACION

*Al revisar la historia de la Iglesia en los primeros siglos apenas si somos capaces de comprender la aventura larga y difícil que supuso inculturar la fe en espacios y cosmovisiones distintas a la judaica. Cuando San Agustín escribió el *De Catechizandis Rudibus* (año 400), que hoy ofrecemos a los lectores agustinos y catequistas de América Latina, habían transcurrido 87 años desde el Edicto de Milán (313). Las experiencias vividas por la Iglesia en su práctica evangelizadora habían sido múltiples y variadas. Era, pues, el momento de dar comienzo a un gran plan metodológico, que plasmase en normas y códigos que sirviesen a la posteridad eclesial. Era necesario sistematizar después de los inciertos pasos de los comienzos.*

*San Agustín, más que un teórico, fue un testigo excepcional de su tiempo y de su mundo. Supo conjugar, más allá de sus impulsos filosóficos originales, práctica y contemplación: llevó toda su doctrina a un nivel de respuesta a las condiciones culturales y los interrogantes que le hacía la sociedad concreta, el hombre de la calle perdido entre las ansiedades de lo cotidiano. Lo que pensó y escribió, lo que predicó cada día en la Basílica de Hipona, no fue otra cosa que la respuesta a los problemas de la gente.*

*De aquí que el *De Catechizandis Rudibus* sea una suerte de vademécum básico que trata de salvar la doble dimensión de una sola verdad: la de Dios y la del hombre. El contenido puro y transparente de una verdad que siempre es la misma pero al mismo tiempo es recreada y adaptada, en el mismo tiempo, el otro lado de la misma, el ser huma-*

*no sumergido en el mundo y sometido a un permanente cambio de sí mismo y de la cultura fruto de su relación con el mundo.*

*La OALA pone hoy a disposición de todos los predicadores y catequistas este código agustiniano que viene a lograr la síntesis más perfecta de lo que ha de ser una metodología apta para todos los tiempos y que define las condiciones mínimas para que el mensaje sea aceptado, comprendido, amado y puesto en práctica.*

*A buen seguro que este opúsculo tan simple y tan humano seguirá siendo el faro y guía de quienes creemos en el Dios de Jesús, y queremos anunciarlo.*

P. Joaquín García S.  
Coordinador de Medios de  
Comunicación Social Ceta-OALA

## PRIMERA PARTE

### Catequesis para principiantes

#### CAP. I. *A petición de un diácono de Cartago, escribe el libro "Catequesis para principiantes".*

1. Me has pedido, hermano Deogracias, que te escribiese algo útil sobre las catequesis para principiantes. Me dices que en Cartago, donde tú eres diácono, te llevan los que van a iniciarse en la fe cristiana, porque estiman que tienes abundantes aptitudes para la catequesis, por tu conocimiento de la fe y por tu lenguaje adecuado y convincente.

Tú, sin embargo, te angustias por las dificultades que encuentras, tanto para comenzar como para avanzar en tu exposición y si, al finalizar ésta, debes añadir algo más o simplemente indicar los preceptos de cuya observancia tus oyentes deben aprender a ser cristianos, no sólo de vocación sino de testimonio.

Me confiesas además que te sucede con frecuencia sentirte insatisfecho y aburrido después de una larga y tediosa exposición, no sólo para quienes instrúas sino para el resto de tu auditorio. Y esto te ha llevado, en base a la caridad y comprensión que te debo, a pedirme que te escriba algo sobre el tema, en la medida que mis muchas ocupaciones me lo permitan.

2. Por mi parte me veo obligado a no rechazar tu pedido, sino a acogerlo con agrado por mi familiaridad contigo y por el servicio que pueda prestar a la Iglesia Nuestra Madre, al poner mis capacidades a disposición de quienes el Señor hizo mis hermanos. Pues si grande es mi deseo para que los bienes del Señor se difundan, no lo es menos hacer cuanto me sea posible para apoyar a mis hermanos en sus dificultades, para que puedan realizar fácilmente lo que con afán e interés se proponen.

**CAP. II. *Con frecuencia lo que desagrada al que expone agrada al oyente. Por qué sucede esto. Debemos exponer sin cansancio y con alegría.***

3. Con respecto a tí, no quisiera que andes preocupado porque tus exposiciones te parezcan con frecuencia pobres y aburridas. Puede ser que quienes las escuchan no lo juzguen así, y que su opinión sea muy diferente, teniendo en cuenta que tú deseabas algo mejor.

Me sucede a mí también que casi siempre me desagrada mi lenguaje. Quisiera expresarme mucho mejor, tal como lo siento interiormente antes de exponerlo con palabras alisonantes y, al sentirlo inferior a como lo había imaginado, me entristezco porque mis palabras no han sabido reflejar la riqueza de mi corazón. Quiero que quien me escucha capte lo que yo intento decir y tengo la impresión de no haberme expresado convenientemente para conseguirlo, sobre todo porque las ideas son como un rayo que ilumina instantáneamente, mientras que las palabras son lentas, pausadas y muy diferentes, de forma que mientras llegan las palabras, lo que había intuido y comprendido se ha replegado de nuevo a mi interior.

Sin embargo, como dejan huellas en la memoria, dichas huellas permanecen con el mismo ritmo de las sílabas. De esas huellas es que nosotros formamos los signos sonoros que componen la lengua latina, griega, hebrea o cualquier otra, sea que lo pensemos solamente o que también lo expresemos oralmente. Estas huellas no son ni latinas ni griegas ni hebreas, ni propias de cualquier otro pueblo, sino que se forman en la mente como la expresión corporal acompaña al cuerpo.

De hecho la palabra ira es diferente en latín, en griego o en las demás lenguas y, sin embargo, la expresión y el gesto de una persona airada no es ni latino ni griego. Por eso cuando uno dice en latín "iratus sum" -estoy enojado- solo le entienden los que hablan latín. Pero si la ira trasciende del interior al rostro y cambia la expresión de la cara, to-

dos se darán cuenta que está enojado.

A pesar de todo, no es posible exteriorizar y hasta prolongar estas huellas por el sonido de la voz hasta los sentidos de los oyentes, huellas que la intuición ha dejado en la memoria, como sucede con la expresión de nuestro rostro. Aquellas están dentro de la mente, mientras que la expresión del rostro está fuera en el cuerpo. Es por esto que podemos darnos cuenta la distancia que hay entre el sonido de nuestras voces y la intuición de la inteligencia, que ni siquiera es semejante a la impresión misma de la memoria.

Con frecuencia queremos, para utilidad y provecho de nuestros oyentes, hablar como en ese momento pensamos sin conseguirlo, y ante esto nos angustiamos y nos gana el desánimo como si nos sintiésemos inútiles, con lo cual nuestra exposición decae y se vuelve más insulsa hasta hacerse aburrida.

4. El interés de los que me escuchan indica que mi exposición no es tan aburrida como a mí me parece, y por el agrado con que me escuchan me doy cuenta que les está siendo de utilidad, por lo que me esfuerzo en prestar este servicio que, a cuanto parece, aceptan de buen grado.

Tú también, por el hecho de que te traen con frecuencia a quienes han de ser instruidos en la fe, debes pensar que no es tan desagradable tu exposición como a tí te parece, ni debes juzgarte un inútil si no llegas a explicarte como quisieras, cuando es posible que ni siquiera intuyas las cosas como desearías.

De hecho, *¿quién no ve en esta vida como en un espejo y mediante enigmas?* (ICor 13,12). Ni siquiera el amor es tan grande que, rasgando la oscuridad de la carne, pueda penetrar en la serenidad de la eternidad de donde reciben su esplendor estas cosas percederas.

Y al igual que los buenos avanzan día a día hacia la visión sin fin que no conoce la noche, *lo que el ojo no vio, ni el oído oyó*, ni nadie se ha imaginado (ICor 2,9).

La razón por la que despreciamos nuestra exposición a los principiantes es que nos agrada más hablar de sensacionalismos y novelorías que de cosas cotidianas y rutinarias.

Ciertamente nos escuchan con mayor agrado cuando exponemos con satisfacción, pues el hilo de nuestro discurso participa de nuestro gozo y fluye con más facilidad y aceptación. Por esto no es difícil organizar nuestra exposición sobre lo que hay que creer y hasta dónde exponer, ni como hemos de manejarla para que sea unas veces más corta, otras más larga y siempre completa y perfecta. Cuándo es oportuno usar fórmulas largas o más bien recortar, procurando siempre hacerlo con alegría (cuanto más alegre estés, más agradable será tu catequesis). Y la razón es clara: si Dios ama al que reparte con alegría sus bienes materiales, ¿cuánto más al que distribuye los espirituales? (2Cor. 9,7). Y el que sintamos gozo al momento de catequizar depende de la misericordia de quien nos lo ha ordenado. Por eso, tal como me pides, trataré en primer lugar de la forma de la exposición, luego de cómo enseñar y exhortar y, por último, de cómo conseguir esta alegría y jovialidad, tal como Dios nos vaya sugiriendo.

### CAP. III. *Cómo debe hacerse la exposición buscando siempre la caridad.*

*El Antiguo Testamento está en función de la venida de Cristo y su objetivo es la caridad.*

5. La exposición es completa cuando comenzamos por lo que está escrito. *Al principio creó Dios el cielo y la tierra* (Gn 1,1), y llegamos hasta la actualidad. No por eso debemos, aunque lo hayamos aprendido palabra por palabra, recitar de memoria todo el Pentateuco, los Jueces, los Reyes y Esdras, todo el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles, ni desarrollar o explicar todo lo que se contiene en estos libros, pues ni el tiempo nos alcanzaría ni sería conveniente hacerlo.

Debemos resumir lo más general, seleccionando los pasajes más admirables y agradables de escuchar y que re-

flejan mejor lo que nos interesa desarrollar. Y hacerlo no a la carrera y como a escondidas, sino con calma para que los oyentes puedan admirarlos y reflexionarlos. El resto sí de forma rápida. De este modo lo que más interesa resaltará sobre el resto, no fatigaremos a nuestros oyentes, y no atiborraremos la memoria de quienes estamos instruyendo.

6. Debemos tener siempre en mente el objetivo que se nos ha propuesto: *la caridad que brota de un corazón puro, de una conciencia recta y de una fe sincera* (1Tim. 1,5), y ésta debe ser nuestra referencia en toda nuestra exposición, y a esto hemos de orientar a quienes instruimos.

Todo lo que leemos en las Sagradas Escrituras ha sido escrito en función de la venida del Señor y de la futura Iglesia, su cuerpo, Pueblo de Dios por todo el mundo. Incluyendo todos los santos que vivieron en este mundo antes de su venida y que creyeron en ella al igual que nosotros creemos que ya ha venido.

De igual forma que Jacob al nacer del seno materno sacó primero la mano con la que agarraba el pie de su hermano, nacido anteriormente, luego la cabeza, y luego el resto del cuerpo (Gn 25,25). La cabeza, sin embargo, aventaja en dignidad no sólo al resto de los miembros sino hasta a la misma mano, no tanto por el momento en que aparece, sino por el mismo orden de la naturaleza.

Así, Jesucristo, el Señor, aún antes de manifestarse corporalmente y hasta antes de salir de lo recóndito de su misterio y presentarse ante nosotros como mediador ante Dios y los hombres (1Tim 2,5), *él que ésta sobre todo y es bendito por los siglos* (Rom 9,5; Col 1,18; Ef 4,12), envió en los santos patriarcas y profetas una parte de su cuerpo, anunciando, como la mano, su futuro nacimiento y hasta condicionó al pueblo que le había precedido orgullosamente, con la obligación de la ley como con cinco dedos, ya que a través de los cinco períodos de la historia no cesó de anunciar y profetizar que habría de venir. Y es por esto que quien dio la ley escribió cinco libros a fin que los soberbios,

de sentimientos materiales (Rom 8,5;10,3), que intentaban instaurar su propia justicia, no fueran bendecidos con la mano abierta de Cristo sino reprimidos con su mano cerrada. Cayeron así con los pies atados; nosotros, sin embargo, nos levantamos y fuimos exaltados (Sal 19,9).

Por eso, como ya dije, aun cuando el Señor hubiese enviado una parte de su cuerpo en los santos que le precedieron, él es la cabeza del cuerpo que es la Iglesia (Col 1,18) y en él se cohexionaron todos por la fe que le profesaron. No fueron separados por el hecho de precederle, más bien fueron incorporados por su disponibilidad. Puede que la mano preceda a la cabeza, pero depende de ésta. Por eso todo lo escrito con anterioridad fue escrito para que aprendiésemos (Rom 15,4) y como preanuncio de nuestra realidad (1 Cor 16,6-11). Para ellos era como un símbolo, pero en realidad fue escrito para nosotros que llegamos al fin de los tiempos (Rom 5,8-9; 1 Cor 10,11).

#### **CAP. IV. *El mandamiento de la caridad es la principal causa de la venida de Cristo.***

7. ¿Cuál es la causa principal de la venida del Señor, sino el mostrarnos su amor y recomendárnoslo tan insistentemente? Pues aunque fuésemos enemigos Cristo murió por todos nosotros (Rom 5,6-9). Y esto porque la caridad es el objetivo del mandamiento y la plenitud de la ley (1 Tim 1,5; 1 Jn 4,11; Jn 13,34; Rom 13,10), de forma que también nosotros nos amemos mutuamente y así como él dio su vida por nosotros, también nosotros hemos de dar la vida por nuestros hermanos (1 Jn 3,16). El mismo Dios, que nos amó primero (1 Jn 4,10), no perdonó a su propio hijo sino que lo entregó por nosotros (Rom 8,32), para que si antes no nos provocaba amarle, ahora sintamos la urgencia de hacerlo.

No hay estímulo mayor para el amor que adelantarse a amar, y muy duro ha de ser el corazón que si estaba cerrado al amor, no sea capaz de abrir su corazón cuando es amado. Hasta en los mismos amores interesados y sórdidos

comprobamos esto: quienes buscan ser amados hacen ostentación, por todos los medios a su alcance, de la amplitud de su amor y hasta intentan presentarse como santos y justos para conseguir la correspondencia de quienes desean seducir. Y más intensamente se consumen de deseos cuando detectan que el mismo fuego consume a aquellos a quienes apetece.

Si pues el corazón lleno de deseos se excita más cuando se siente amado, y el que ya ardía se enciende aún más cuando se siente correspondido, es claro que no hay causa mayor que prenda o agite el amor que quien aún no ama experimente que es amado o se sienta correspondido ampliamente quien ya ama.

Y si esto es así en los amores prohibidos, ¿cuanto más en la amistad? Por eso procuramos evitar las faltas contra la amistad para que no juzgue el amigo que, o no le amamos, o le amamos menos que él a nosotros. Ya que si lo llegase a intuir se enfriaría el amor por el cual los hombres gozamos de la familiaridad entre nosotros. Y aún cuando no sea tan sensible que una ofensa enfríe su amistad, mantendrá ésta para que no se extinga, pero no gozará realmente de esa amistad.

Vale la pena observar aquí que aun cuando los superiores quieran ser amados y estimados por sus hermanos y se deleiten con su obsequiosa obediencia y cuanto más les obedezcan más les estimen, más será el amor del súbdito cuando se dé cuenta que el superior le estima y ama. Más agradable es la amistad cuando brota no de la sequedad de la indigencia sino de la abundancia de la benevolencia. El primero procede de la necesidad, el segundo de la misericordia. En el caso que el inferior no tuviese posibilidad alguna de ser estimado y amado por el superior con toda seguridad se inclinará a amarle si éste le hace notar cuánto le ama, cosa que nunca hubiese esperado.

¿Qué hay más grande que un Dios que juzga y más desesperado que un hombre pecador, oprimido y sojuzgado

por las fuerzas prepotentes, que no pueden hacerlo feliz, justo cuando más había desesperado que pudiera ocuparse de él Aquél que es excelso en bondad, no en maldad?

8. Cristo vino a este mundo para que el hombre pudiera conocer cuánto le ama Dios y siendo consciente de ello se inflamara en el amor de quien le amó primero (1Jn 4,10-19). Y para que amara a su prójimo tal como él se había hecho prójimo amando no sólo al que estaba cerca sino al que andaba lejos de él (Lc 15,13;10,36). Y si toda la Sagrada Escritura que ha sido escrita antes de su venida, se ha escrito precisamente para preanunciar su venida, y todo lo que con posterioridad fue escrito y confirmado por la autoridad divina nos habla de Cristo y nos invita al amor, es claro que no sólo toda la Ley y los Profetas se encierran en estos dos preceptos del amor a Dios y al prójimo (Mt 22,40), que para el momento en que el Señor predicaba eran la única Escritura Santa, sino también todos los demás libros de las Sagradas Escrituras que con posterioridad han sido escritos para nuestra salvación y conservados para nuestra memoria.

Por eso en el Antiguo Testamento está oculto el Nuevo y en el Nuevo Testamento se nos revela el Antiguo. Y por eso ante este ocultamiento, los hombres materiales, que solo entienden la materialidad de las cosas, se vieron sometidos entonces y ahora al temor del castigo. Entendiendo espiritualmente los hombres espirituales, con esta revelación, sin embargo, a quienes entonces les fueron reveladas las cosas ocultas por su insistencia en buscarlas piadosamente y los que ahora las buscan sin soberbia (Rom 8,5; 1Cor 10,3; Lc 11,9; Ap 3,20) no sea que se les oculten las ya reveladas, han sido liberados con el premio del amor.

Nada se opone más a la caridad que la envidia y la madre de la envidia es la soberbia. El mismo señor Jesucristo, Dios y hombre, es la vez una prueba del amor divino hacia nosotros y un ejemplo para nosotros de humildad, para que nuestra más grande enfermedad se sanase con ese antídoto.

to. Gran miseria es un hombre soberbio, pero más grande misericordia es un Dios humilde.

Teniendo en mente que la caridad debe ser siempre el fin al que refieras todo lo que dices, todo lo que expliques explícalo de tal modo que a quienes te diriges al escucharte crean, creyendo esperen y esperando amen (1Cor 13,13).

**CAP. V. Al que llega al catecismo ha de preguntársele por qué quiere hacerse cristiano.**

9. De la misma severidad de Dios, que sacude con terror saludable los corazones de los hombres, ha de edificarse la caridad, de forma que al alegrarse de ser amado por aquel a quien teme, se decida a corresponderle con amor y se avergüence de desagradarlo, aunque pudiera hacerlo impunemente.

Rara vez sucede, mas bien diría nunca, que alguien quiera hacerse cristiano y no esté de alguna manera tocado del temor de Dios (Mt 13,30). Es posible que alguien quiera hacerse cristiano porque espera conseguir algún beneficio de personas a quienes de otra manera no podría agradar o para evitar desagradar a otros cuya enemistad u ofensa teme; en realidad no quiere ser cristiano sino fingirlo.

La fe no es cosa de asentimiento externo sino de un ánimo creyente. Aún así sucede con frecuencia que la misericordia de Dios por el ministerio del catequista hace que, conmovido por su discurso, quiera hacer lo que antes pensaba fingir. Cuando esto suceda podemos pensar que ya está de nuestro lado.

Desconocemos cuándo en realidad está alguien con nosotros, aunque esté presente corporalmente, por eso debemos comportarnos con él de forma que tome esa decisión, si aún no la ha tomado. No perdemos nada si ya se ha decidido y con nuestras actitudes se reafirma en su decisión, aun cuando no sepamos en qué momento preciso o en qué circunstancias tomó su decisión. Sería sin embargo,

útil saber, si esto fuese posible, con aquellos que le conocen, en qué estado de ánimo se encuentra y por qué razones se ha decidido a abrazar nuestra religión. Si esto no fuera posible, le preguntaremos directamente a él mismo para comenzar su preparación de acuerdo a lo que nos responda.

Si se acercó a nosotros con falsedad, apeteciendo ventajas o evitando incomodidades, sin duda mentirá de nuevo; no importa, comenzaremos de su mentira sin impugnarla aun cuando nos hubiéramos dado cuenta, y supondremos que viene con buenas intenciones, diga o no la verdad, aprobando y alabando la intención con la que dice haber venido, de forma que él mismo llegue a desear lo que ahora está fingiendo.

Si manifestare algo que no cuadra con los sentimientos de quien quiere acercarse a la fe cristiana, hemos de regañarle con dulzura y suavidad como a persona ruda e ignorante, haciéndole ver la validez de la doctrina cristiana y ensalzándosela con expresiones breves y precisas que no nos quiten tiempo a nuestra futura exposición o corran el riesgo de imponer una enseñanza que aún él, por error o falsedad, no está en disposición de asumir.

**CAP. VI. Principio del catecismo. Narración desde la historia de la creación del mundo hasta los tiempos presentes de la Iglesia.**

10. Puede suceder que nos informe que ha sido una inspiración divina o el temor lo que le ha movido a hacerse cristiano, lo que nos daría una gran oportunidad de comenzar la preparación enfatizando el gran cuidado que Dios tiene de nosotros.

Hábilmente hemos de transferir su atención del mundo de los milagros o de los sueños al camino cierto de las Escrituras y las profecías más seguras para que sea consciente de que esa inspiración, que amablemente tuvo, era como un anticipo para llegar a las Santas Escrituras.

Y ha de hacérsele notar que el mismo Señor no le hubiera inspirado ni movido a hacerse cristiano e incorporarse a la Iglesia, ni le hubiera ilustrado con tales signos y revelaciones, si no quisiera que de forma más segura y clara él mismo recorriese el camino ya preparado en las Sagradas Escrituras, en las que no deben buscar portentos visibles sino familiarizarse con la esperanza en las cosas invisibles, y no en sueños sino en vigilia.

A este punto ya puede comenzarse la explicación del hecho que Dios creó todas las cosas muy buenas (Gn 1,31) hasta llegar, como ya dijimos, a los tiempos actuales de la Iglesia, de manera que razonemos cada uno de los acontecimientos que exponemos y refiramos todo al mismo fin amoroso que no debemos perder de vista, ni el que habla ni el que escucha.

Así como los que nosotros consideramos buenos eruditos intentan sacar provecho, aunque sea para fines vanos y ajenos a la religión, de las narraciones de los poetas que son ficticias y acomodadas al gusto de quienes se nutren de frivolidades, con mayor razón nosotros hemos de estar atentos para que todo lo que exponemos no sea aceptado por motivos frívolos o por una malsana ansiedad, sin haber asimilado las motivaciones oportunas.

Sin embargo, no hemos de hacer tanto hincapié en estas cosas que perdamos el hilo de nuestro discurso de forma que nuestro corazón y nuestra exposición se enreden en discusiones complicadas, sino que, por el contrario, la misma verdad de nuestros razonamientos sea como el oro que engarza las piedras preciosas sin alterar el conjunto ornamental.

**CAP. VII. La resurrección, el juicio y otras en que se ha de insistir.**

11. Una vez que hayamos concluido la exposición debemos insistir en la esperanza de la resurrección y, según la capacidad e intención del oyente y en función del tiempo

disponible, hemos de ocuparnos de refutar las posiciones frívolas de los no creyentes sobre la resurrección de los cuerpos y la bondad del juicio final para los buenos, severo para los malos y justo para todos.

Recordar con horror los castigos reservados a los impíos y predicar con ardor el reino de los santos y justos y la ciudad celestial y su gozo.

Este es el momento para instruir y estimular la debilidad frente a las tentaciones y los escándalos, dentro o fuera de la Iglesia. Fuera frente a los no creyentes, judíos o herejes, dentro frente a la paja que aún hay en la parcela del Señor. No para entablar una discusión contra todo tipo de gentes perversas ni para refutar todos sus argumentos, sino brevemente demostrar que todo eso ya estaba predicho, insistiendo en la utilidad de las tentaciones para la instrucción de los creyentes y la medicina que significa la paciencia de Dios que permite que estas cosas sucedan.

Cuando se trate de una instrucción para aquellos cuyos grupos malintencionados llenan materialmente nuestras iglesias, se les debe recordar breve y convenientemente a la vez, las normas de una conducta honesta y cristiana para que no se dejen seducir fácilmente por los borrachos, avaros, tramposos, tahúres, adúlteros, fornicarios, amantes de espectáculos, vendedores de remedios sacrílegos, hechiceros, astrólogos, adivinos y cuantos se dedican a estas cosas. No vayan a pensar que todo esto quedará sin castigo porque ven que muchos que se dicen cristianos gustan de estas cosas, las practican, las defienden, las aconsejan y hasta las recomiendan.

Con testimonios tomados de los mismos libros sagrados se les ha de hacer ver cuál será el fin de los que llevan este tipo de vida, cómo han de ser tolerados en la Iglesia, de la que finalmente habrán de ser alejados.

Se les ha de anticipar que en la Iglesia encontrarán también muchos cristianos buenos, auténticos ciudadanos

de la Jerusalén celestial (Heb 12,22), si ellos mismos se deciden a serlo.

Hemos de advertirles, finalmente, que no sustenten su esperanza en los hombres, porque no es fácil discernir quién es santo, y aunque lo fuera, no se nos proponen los ejemplos de los santos para santificarnos, sino para que imitándolos aprendamos a ser santificados por quien les santificó a ellos.

Por eso es necesario recalcar a este punto que quien nos escucha, mejor aún, quien escucha a Dios por nosotros, debe comenzar a mejorar y progresar en sus costumbres y en su doctrina y emprender con gallardía el seguimiento de Cristo sin atribuirse los logros a sí mismo o a nosotros, sino a estimarse a sí mismo, a nosotros y a todos sus amigos en Aquel que lo amó cuando aún era enemigo y santificándolo lo hizo amigo.

Y aquí sí creo que no necesitas maestros que te indiquen el tiempo breve o largo que has de emplear en estas consideraciones. Tú verás la oportunidad de hacerlo.

#### CAP. VIII. *Catequesis para personas cultas.*

12. Si llegaren hasta tí personas instruidas que quieren hacerse cristianos, has de tener en cuenta que es muy difícil que no conozcan ya de alguna manera muchos de nuestros escritos y que instruidos en ellos se acerquen solamente para poder participar en los sacramentos.

Estas personas mucho antes de decidirse a hacerse cristianos, suelen investigar diligentemente todo compartiendo y discutiendo sus inquietudes con quienes tengan oportunidad de hacerlo.

Con ellos has de ser breve, enseñándoles lo que aún no conocen sin ofuscarlos, al punto de hacerles ver que estamos seguros que ya conocen muchas cosas que a los ignorantes se les han de enseñar, de manera que si ya lo

conocen no nos escuchen como a maestros. Y si algo aún ignoran lo vayan asimilando al escucharlo como algo que creemos ya conocido por ellos.

No estará demás preguntarles por qué quieren hacerse cristianos. Si te das cuenta que fue por la lectura de los libros sagrados o de otros libros útiles, de ello les hablarás al principio, alabando tanto su autoridad cuanto la habilidad de los expositores.

Les harás notar la profunda sencillez con que los libros sagrados expresan cosas altísimas con un estilo elegante y cuidado, adaptado tanto a las mentes más cultivadas como a las más sencillas.

Será bueno que te indiquen qué leyeron y cuáles son sus lecturas preferidas que le indujeron a hacerse cristianos. Por lo que nos digan, si conocemos esos libros o sabemos que fueron escritos por algún autor católico notable, les manifestaremos nuestra aprobación.

Si, por el contrario, cayeron en sus manos libros heréticos y desconociendo que atacaban la fe verdadera les dieron crédito pensando que eran católicos, se lo harás saber con diligencia, mostrándoles la autoridad de la Iglesia universal y de los escritores brillantes que han expuesto la verdad en sus escritos sobre el tema.

Hasta es posible que algunos de estos escritores católicos ya desaparecidos, que nos dejaron sus obras hayan sido mal interpretados o ellos mismos no se hayan expresado con exactitud, dando lugar a que otros menos capaces les comprendiesen mal o no alcanzasen a captar la profundidad de su pensamiento, generando así errores y herejías.

Esto no sería extraño si tenemos en cuenta que hasta en los mismos libros sagrados, donde todo está dicho con exactitud, aun interpretando correctamente el pasaje, tal como el escritor sagrado lo expresó o como era en realidad (pues si fuera esto solamente, ¿quién no sería comprensivo

con la debilidad humana, dispuesta a enmendarse?), sino porque defienden sus opiniones erradas y perversas con rabia y arrogancia llegando a romper de esta manera la unidad de la comunidad eclesial.

Todo esto debe tratarse en diálogo sereno con los que llegan para hacerse cristianos, no como ignorantes o idiotas, como dicen, sino como personas versadas y muy leídas. Utilizaremos el recurso de autoridad solamente para evitar que caigan en el error de la presunción en cuanto lo permita la humildad que les trajo a la fe.

El resto de cosas, en el contexto de la doctrina de la salvación, sean de fe, costumbres o nuevas pruebas, habrán de explicarse, con el mismo elevado procedimiento, tal como hemos expuesto.

#### CAP. IX. *Catequesis de eruditos y políticos.*

13. Te encontrarás también con quienes vienen de las conocidas escuelas de gramática y oratoria y que no podemos clasificar ni entre los ignorantes o idiotas, ni entre los más sabios, cuyas mentes se han dedicado a cuestiones importantes.

A estos que aparentemente superan a los demás por su elocuencia, cuando vienen para hacerse cristianos, debemos dedicarnos más que a los ignorantes e insistirles en la humildad cristiana para que no desprecien a quienes se afanan para evitar más los defectos en sus costumbres que en sus palabras y no intenten comparar un corazón limpio con un lenguaje pulcro, aunque así haya sido su costumbre.

Con especial cuidado ha de enseñárseles a escuchar las Sagradas Escrituras para que no desprecien su lenguaje directo y sencillo por parecerles poco elegante, y para que no crean que las palabras y hechos narrados en esos libros con su propio estilo, han de ser tomados a la letra sino que necesitan una permanente adaptación y actualización.

De igual manera y partiendo de su propia experiencia ha de hacérseles notar la utilidad de lo secreto, de donde les viene el nombre de misterios, y cómo son necesarios los enigmas para provocar el amor a la verdad y alejar así el fastidio del aburrimiento, cuando a un cierto momento el poder descifrar una explicación alegórica les haga descubrir algo que antes ni les interesaba. Es necesario que descubran que debemos dar más importancia a los conceptos que a las palabras, como al alma sobre el cuerpo. Es mejor un lenguaje verdadero y transparente que elegante, así como es mejor un amigo sensato y fiel antes que uno apuesto y bello.

Deben ser conscientes también que no hay otra voz para los oídos de Dios que los afectos del alma, de forma que no se burlen cuando algunos obispos y ministros de la Iglesia invoquen a Dios con barbarismos y solecismos o no entiendan las mismas palabras que pronuncian o las pronuncien mal. Y no es que todo esto no deba corregirse de manera que el pueblo responda AMEN a todo lo que entiende, sino que han de comprender y tolerar, ya que una cosa es el lenguaje sonoro de la vida y los negocios y otro la oración del corazón. Por eso nunca será buena oración y bendición el lenguaje forense, aunque sea castizo y elegante.

En cuanto al sacramento que van a recibir es suficiente que los más inteligentes escuchen qué es lo que significa. A los más torpes para comprender ha de explicárseles más lentamente, con ejemplos y comparaciones, para que no desprecien lo que están viendo.

**CAP. X. De cómo conseguir la jovialidad. Seis causas de aburrimiento del catequista. Remedio contra la primera.**

14. A este punto tal vez estés deseando algún ejemplo práctico de cómo hacer lo que te he indicado. Intentaré hacerlo, con la ayuda de Dios, lo mejor posible, pero antes quiero indicarte, como te lo había prometido, cómo adquirir la jovialidad en tu exposición.

Ya creo que es suficiente con lo dicho en torno al lenguaje que debes usar en la catequesis de quienes se presentan para hacerse cristianos. Claro que no es correcto que sea yo quien exponga en este libro lo que considero que debes hacer tú. Si lo hago será yendo más allá de lo necesario, pero lo haré si aún no he llegado hasta donde quiero alcanzar.

Te quejas mucho de que cuando estás instruyendo a alguien en la fe cristiana tus palabras te suenan vulgares y despreciables, y creo que esto te sucede, no por la doctrina que expones, en la que juzgo estás bien preparado, ni por la pobreza del lenguaje, sino por el hastío y aburrimiento interior. Esta es la causa, como ya te decía antes, de que nos agrada más lo que contemplamos mentalmente, y nos cuesta salir de esa contemplación al ejercicio fastidioso de articular una exposición coherente y lógica.

Cuando el discurso es agradable preferimos leer o escuchar lo que no nos ha costado ningún esfuerzo, en vez de improvisar nuestro propio discurso para captar, de repente sin mucho éxito, la atención de los demás y siempre con la duda de si serán entendidas provechosamente.

Es un fastidio volver una y otra vez sobre los mismos temas que se explican a los principiantes y que sabemos ya de memoria. Además de no sernos de ningún provecho a nosotros, pensamos que una persona adulta no tiene interés en temas que nos parecen un tanto infantiles.

Igualmente nos aburre un oyente impasible, porque no se conmueve o está como una estatua como si no entendiera o no le importara lo que decimos. Y no es porque busquemos la alabanza, sino porque estamos cumpliendo un ministerio en nombre de Dios. Y cuanto más amamos a quienes estamos instruyendo, tanto más deseamos que les sea agradable lo que exponemos para su santificación, y si no sucede así nos gana el decaimiento y nos desanimamos como si nuestro trabajo resultara inútil.

Con frecuencia cuando nos distraen de algo que queremos realizar, porque nos agrada o porque juzgamos necesario y nos vemos obligados a catequizar a alguien que debe ser instruido, lo hacemos por no desairar a quien nos lo pide o por la insistencia, pero lo hacemos con cierta contrariedad, y esto no es bueno. Más bien debemos mantener una gran estabilidad de ánimo en vez de quejarnos porque no respetan nuestro tiempo o nuestros horarios y no nos dejan hacer las cosas que queremos. En estas circunstancias nuestra exposición no será agradable pues nace de la contrariedad, y la sequedad del fastidio y la tristeza la hace menos fluida y jovial.

Otras veces puede suceder que estemos impactados por algún escándalo y alguien en ese momento nos dice: *ven, habla con éste que quiere hacerse cristiano*. Ellos no saben qué nos está pasando y tampoco es oportuno explicárselo, por eso aceptamos con menos ánimo que el entusiasmo con que ellos nos lo piden. De hecho nuestra catequesis será aburrida y poco agradable, pues brota de un corazón seco y apesadumbrado.

Es por eso que, sea cual fuera la causa que perturbe la serenidad de nuestra mente, tenemos que buscar, con la voluntad de Dios, los remedios oportunos que nos relajen, nos devuelvan la jovialidad y la paz que sentimos cuando obramos el bien. *Dios ama al que da con alegría* (2Cor. 9,7).

15. Nos sucede a veces que nuestro oyente no capta nuestro pensamiento y nos vemos obligados a descender a su nivel utilizando un lenguaje más simple, utilizando largas frases para lo que nuestra mente captó con rapidez. Entonces nos desagrada hablar y preferimos callar por la distancia que sentimos entre el pensamiento y el lenguaje. Pensemos qué nos pide Aquel que nos dio ejemplo para que siguiéramos sus huellas (1Pe 2,21).

Por mucha que sea la diferencia entre nuestras palabras y la vivacidad de nuestra inteligencia mucho mayor es

la diferencia que existe entre nosotros y Dios. Y a pesar de todo, *siendo Dios, se anonadó a sí mismo tomando la forma de esclavo... hasta la muerte de cruz* (Fil 2,6-8). Y esto no por otra causa sino porque *se hizo débil con los débiles para ganar a los débiles* (1Cor 9,22).

Escucha aún a su seguidor cuando nos dice en otro lugar: *Si hemos perdido el juicio es por Dios y si estamos juiciosos es por ustedes. El amor de Cristo nos apremia al pensar que si uno murió por todos* (2Cor 5,13). ¿Cómo estaría dispuesto a sacrificarse por la vida de aquellos (2Cor 12,15) si le hubiera dado pena de que le escucharan? Por eso se hizo niño entre nosotros como madre que cuida con cariño a sus hijos (1Tes 2,7). ¿Acaso es agradable balbucir palabras entrecortadas e infantiles si no es por amor? Y a pesar de eso los hombres desean tener hijos y hablarles de esta manera. Y hasta una madre prefiere poner con su lengua pequeños bocados en la boca de su hijo que comer ella misma manjares más sólidos.

Tampoco hemos de olvidar la imagen de la gallina que con sus delicadas plumas cubre a sus crías y cuando pían las llama con voz quebrada, mientras que otros, engreídos, se alejan de sus acogedoras alas y son presa fácil de las aves rapaces (Mt 23,37).

Si nuestra mente se deleita en penetrar en las verdades más recónditas y oscuras, debe también deleitarse entendiendo que la caridad y el amor, cuanto con mayor delicadeza descienden hasta lo más humilde, tanto más ascienden hasta la intimidad, siempre con la precaución de no buscar nada distinto que la eterna salvación de aquellos sobre quienes han descendido.

#### CAP. XI. *Remedio contra la segunda causa del aburrimiento.*

16. Si por el contrario preferimos utilizar textos ya preparados y mejor elaborados sin ninguna improvisación por miedo al fracaso, es conveniente, para no alejarse de la

verdad, que si alguna expresión resultó menos grata a nuestros oyentes, aprendan que, una vez entendido lo que queríamos decir, no tiene tanta importancia si algo pudo sonar inapropiado, pues la única finalidad era comprender nuestra exposición.

Y si por la misma debilidad humana nos apartamos de la verdad -cosa que no suele suceder en las catequesis de los principiantes, pues utilizamos métodos ya muy trillados- y esto molesta a nuestros oyentes, debemos pensar que esto sucede porque Dios quiere probarnos para que corrijamos con sencillez de espíritu nuestro error, antes de incurrir en otro mayor.

Y si nadie nos lo hace notar y no nos damos cuenta ni nosotros ni nuestros oyentes no debemos angustiarnos por ello, con tal que no lo repitamos.

Pero muchas veces, sin embargo, recordando lo que hemos dicho, encontramos algo reprochable y no sabemos cómo lo aceptaron cuando lo expusimos, siendo aún mayor la angustia al ser movidos por la caridad, si recibieron por bueno lo que era falso. Por eso en el momento oportuno, así como nos corregimos en nuestra propia intimidad, debemos corregir amablemente a los que cayeron en error, no por la Palabra de Dios, sino por nuestra falsa exposición.

Si se da el caso que algunos, cegados por malas intenciones, chismosos y detractores, enemigos de Dios, (Rom 1,30) se alegran de nuestras equivocaciones, nos dan la ocasión de ejercitar la paciencia y la misericordia porque la paciencia de Dios también los conduce a la penitencia. ¿Qué hay más detestable y atesora más la ira de Dios que, a semejanza e imitación del diablo, alegrarse de los males ajenos? (Rom 2,4 y 5).

Sucede a veces que, aunque hayamos dicho todo recta y verazmente, disgusta a los oyentes por no habernos entendido o porque la atrevida novedad de nuestra exposición vaya en contra de algún viejo error. Si esto sucede y es fácil de solucionar hemos de subsanarlo rápidamente con abundancia de razones y testimonios autorizados.

Si por el contrario, la ofensa permanece oculta hemos de confiar en la ayuda divina. Y si se cierran en su silencio rechazando cualquier solución, consolémonos con el ejemplo del Señor que ante el escándalo de algunos por sus expresiones y ante los que por parecerles duro su discurso comenzaron a retirarse, dijo a los que aún quedaban: *¿También ustedes quieren irse?* (Juan 6,67).

Debemos tener bien claro que Jerusalén, prisionera de la Babilonia de este mundo, en algún momento debe ser liberada y nadie de su gente perecer y si alguno pereciere es que no pertenecía a ella, *el fundamento de Dios permanece firme y estable y lleva esta señal: El Señor conoce a los suyos y quien pronuncia su nombre se aleja de la iniquidad* (2Tim 2,19).

Pensando en esto, e invocando al Señor en nuestro corazón, será menor nuestra angustia ante la incertidumbre del éxito en nuestros discursos y las reacciones de nuestros oyentes y hasta nos agrada sufrir algunas molestias a cambio de la obra de misericordia que estamos realizando, siempre y cuando no busquemos nuestra gloria y lucimiento. Una obra es verdaderamente buena cuando quien la realiza lo hace movido por la caridad y en ella se fundamenta, volviendo en cierto modo a su propio lugar.

Utilizar algo mejor y que nos agrada en vez de la charla que teníamos preparada, y que íbamos a dar con desgana y aburrimiento, nos dará más alegría y será más agradable. Y hasta rogaremos a Dios con más confianza para que nos hable como deseamos, siempre que aceptemos con alegría, que El hable por medio de nosotros en la forma que podamos hacerlo. Es así como resulta que *para los que aman a Dios todas las cosas concurren para su bien* (Rom 8,28).

#### CAP. XII. *Remedio contra la tercera causa del aburrimiento.*

17. Ahora bien, si nos aburre repetir muchas veces las mismas cosas, como si fuéramos niños, adaptémonos a

ellos con amor fraterno, paterno o aún materno y unidos así a ellos, esas cosas nos parecerán nuevas también a nosotros. Es tan grande la fuerza de la comprensión que cuando hablamos ellos sienten gran satisfacción, al igual que nosotros por lo que ellos aprenden, como si compartieran nuestra vida. Es como si lo que aprenden fuera para nosotros un mensaje, de forma que aprendemos en ellos lo que estamos enseñando.

Esto nos sucede cuando mostramos lugares espaciosos y bellos de ciudades o del campo que nosotros ya recorreremos sin interés por la rutina y que, sin embargo, al enseñárselos a otros y ver su interés se renueva el nuestro. Y esto sucede sobre todo cuando la persona es más amiga, pues el cariño hace que las cosas viejas resulten nuevas para nosotros.

Pero si ya hemos avanzado un poco en la contemplación no deseamos solamente que las personas amadas se alegren y maravillen ante las obras de los hombres, sino que queremos llevarles hasta la contemplación del autor y que de allí se eleven hasta la admiración y alabanza de Dios, creador de todas las cosas, término del amor más fecundo.

Cuánto más nos alegraremos cuando ya los hombres aprendan a acercarse a Dios mismo, por quien debe aprenderse todo lo que merece la pena aprender y renovarnos en su novedad para que, si nuestra exposición resulta de ordinario tediosa, se anime con el interés renovado del auditorio.

Aumentará nuestra alegría el considerar cómo pasa el hombre de la muerte del error a la vida de la fe.

Y si recorremos lugares conocidísimos con contagiosa alegría cuando mostramos el camino a alguien que anda extraviado, con cuánto mayor afán y alegría hemos de recorrer los caminos de la doctrina de salvación, aun en aquellos temas que nosotros no necesitamos profundizar, pero que siguiendo el mandato divino, conducimos por los cami-

nos de la paz a las almas cansadas y fatigadas por los errores del mundo.

### **CAP. XIII. Remedio contra la cuarta causa del tedio.**

***Cómo distraer un poco al oyente cansado.  
Nueva costumbre de escuchar la palabra de  
Dios sentados.***

18. Realmente es duro continuar hablando hasta donde teníamos pensado, cuando vemos que el oyente no se impresiona, bien sea porque atemorizado por un sentimiento religioso, no se atreve a manifestar su aprobación de palabra o por gestos del cuerpo, o por respeto humano, o porque no entiende lo que estamos diciendo o porque no le interesa. Como no podemos penetrar en su interior debemos recurrir a todos los medios de nuestro lenguaje para incentivarlo y, por decirlo de alguna manera, sacarlo de su refugio.

El excesivo temor que le impide expresar su propia opinión debe ser superado con una cariñosa exhortación, y con la insinuación fraterna a participar venciendo su temor; con algunas preguntas podremos saber si ha comprendido, dándole confianza para que exprese libremente lo que crea oportuno, o si tiene algo que oponer a nuestro discurso.

También le preguntaremos si ya ha oído estas cosas antes y si es por eso que no le conmueven ni le afectan. Según sea su respuesta procederemos a hablar más clara y explícitamente, refutando opiniones contrarias, sin detenernos en lo que ya es conocido. Más bien debemos resumir brevemente y utilizar lo que en forma simbólica nos dicen las Sagradas Escrituras, para hacer más agradable nuestro discurso.

Si el oyente es demasiado lento, cerrado y contrario a toda clase de delicadezas, tendremos que soportarlo con misericordia, y tras una breve explicación de los demás temas, concretarnos a inculcarle las cosas más necesarias sobre la unidad de la fe católica y con firmeza, teniendo

presente el juicio futuro, hacerle ver las tentaciones a que se ve sometida la vida cristiana, y hablarle más a Dios de él que a él de Dios.

19. Sucede también con frecuencia que quien escuchaba al principio con agrado, cansado de escuchar o de estar de pie, mueva los labios no para alabar sino para bostezar dándonos a entender que, aun contra su voluntad, quiere irse. Apenas nos demos cuenta de esto debemos intentar captar de nuevo su atención, ya sea con algún chiste sano que venga al caso, o algo maravilloso y deslumbrante, o deplorable y lamentable, que se refiera especialmente a él mismo, de forma que por interés preste atención sin que sea algo ofensivo sino que invite a la familiaridad.

Podemos también ofrecerle asiento, ya que es mejor sin duda alguna que esté sentado desde el principio, como se acostumbra en algunas iglesias de ultramar, donde no sólo los sacerdotes hablan sentados al pueblo, sino que también la gente dispone de sillas, de forma que quienes se sienten fatigados por estar de pie, no se distraigan o tengan que marcharse.

Vale la pena saber si el que se marcha de una gran asamblea para reponer sus fuerzas es alguien que ya participa de los sacramentos (lo que con frecuencia debe hacer para no desfallecer) o alguien que se prepara para recibir por primera vez los sacramentos: por pena no dice por qué se va, y por debilidad no puede seguir en pie. Y esto te lo digo por experiencia, pues ya me sucedió cuando instruía a un campesino. Desde entonces aprendí a ser muy cuidadoso en esto.

¿Quién puede soportar nuestra arrogancia si ni siquiera nos preocupamos que tomen asiento delante de nosotros nuestros hermanos o quienes van a serlo, si hasta una mujer escuchaba sentada a nuestro Señor al que asisten los ángeles? (Lc 10,39; Mc 1,13).

Claro que si nuestra charla va a ser breve y el lugar no es adecuado para estar sentados, mejor que escuchen de

pie, aunque solo en el caso que sean muchos los oyentes y no se trate en ese momento de la iniciación.

Pero si son uno, dos o unos pocos que han venido para hacerse cristianos no es bueno hacerles escuchar de pie. Si por acaso ya hemos comenzado así, en cuanto nos demos cuenta del fastidio de los oyentes, les ofreceremos asientos e insistiremos que se sienten y diremos algo que reavive su atención si es que ya andaban distraídos.

Cuando desconocemos realmente por qué, silenciosos, no quieren escucharnos, hablemos en forma triste o alegre según el caso, una vez se hayan sentado, sobre las preocupaciones que les acosan, de forma que aligeremos su pesadumbre al señalarlas. Pero si no fuere este el caso y sigan fatigados por la charla, hablemos de algo nuevo e inesperado para atraer así su atención y superar el cansancio.

Todo esto, sin embargo, ha de ser breve, en parte porque está fuera de programa y en parte porque no venga a ser peor el remedio que la enfermedad y terminemos aumentando el cansancio que queremos superar.

Debemos entonces abreviar la charla, prometer terminar pronto y cumplirlo.

#### CAP. XIV. *Remedio contra la quinta y sexta causas del aburrimiento.*

20. Cuando te gane la angustia por haber tenido que suspender alguna acción a la que estabas dedicado, como algo más necesario, y por eso tu catequesis es triste y desagradable, debes pensar que, si estamos haciendo un favor a los demás, debemos hacerlo con una gran misericordia y sincera caridad ya que fuera de esto no sabemos qué es más útil hacer y qué puede ser más oportuno, si hacer algo o interrumpirlo todo.

De otra parte no sabemos cuáles son los méritos ante Dios de las personas por las cuales trabajamos y a lo más

sospechamos vagamente y sin fundamento, qué les sea más conveniente en ese momento determinado. Por eso debemos organizar las cosas que debemos hacer según nuestro criterio, y si llegamos a realizarlas tal y como nos propusimos, debemos estar satisfechos, no porque se hayan hecho como habíamos proyectado, sino porque se realizaron según los designios de Dios.

Si surge alguna necesidad imprevista que altere nuestros planes, cambiemos fácilmente sin desanimarnos, al punto que el nuevo plan querido por Dios lo hagamos también nuestro. Es más saludable que nosotros hagamos su voluntad y no que El haga la nuestra. Pues en nuestros planes, como es lógico, debe darse importancia a lo que realmente la tiene.

¿Por qué nos molesta a veces que Dios nos gane y así prefiramos nuestros planes a los suyos, cayendo en un peligroso desorden? Nadie, de hecho, organiza mejor sus cosas sino el que está dispuesto a evitar lo prohibido por Dios antes que hacer lo que ha planeado por sí mismo. Porque *muchos proyectos hay en la mente del hombre, pero el plan de Dios permanece para siempre* (Prov 19,21; Sal 33,11).

21. Si por alguna razón o escándalo no nos sentimos en forma para pronunciar nuestra charla serena y jovialmente, nuestra caridad hacia quienes han sido redimidos por la muerte de Cristo, para liberarlos de la muerte de los errores del mundo, con el precio de sus sangre, debe ser tan grande que, el hecho de que alguien quiera hacerse cristiano, debe ser consuelo y alivio de nuestra tristeza, de igual manera que la alegría de los beneficios mitiga el dolor de las pérdidas.

El escándalo no debe entristecernos sino cuando por su influjo pueda caer alguien que andaba vacilante en su fe. Por eso el que llega hasta nosotros para ser instruido, mitigará nuestra desilusión con la esperanza de que adelantará en su preparación.

Y si llega a asaltarnos el temor de que el catecúmeno se malogre y se pierda, al ver a tanta gente por cuya conducta se producen los escándalos, no por eso debemos desanimarnos, al contrario, eso mismo debe ser estímulo e incentivo para alertar a los que estamos instruyendo, para que no imiten la conducta de los que se dicen cristianos, pero lo son solo de nombre. Y para que no se sientan tentados a seguirlos, pues son muchos los que se comportan así, y que con esa disculpa no quieran ser seguidores de Cristo ni estar en la Iglesia junto con ellos o intenten comportarse como ellos.

Realmente no sé cómo, pero sin duda el discurso, bajo el peso de esta preocupación, es más ardiente, de forma que decimos con más ímpetu y vehemencia lo que en otras circunstancias diríamos con serenidad. Y hasta nos alegramos por haber tenido la ocasión de que nuestros sentimientos hayan sido provechosos.

22. Si, por el contrario, nos hallamos entristecidos por algún error nuestro, recordemos no sólo que *un espíritu arrepentido es un sacrificio para Dios* (Sal 51,19) sino también que *como el agua apaga el fuego, así la limosna extingue el pecado* (Ecl 3,33). Y también *quiero misericordia y no sacrificios* (Os 6,6). De igual modo que en caso de incendio corremos rápidos en busca de agua para apagarlo y agradecemos si algún vecino nos la proporciona, así también, si de nuestra debilidad surge la llama del pecado y eso nos perturba (Is 40,6; 1 Cor 3,12), al dársenos la oportunidad de practicar alguna obra de misericordia, hemos de alegrarnos porque se nos está dando como la fuente para poder apagar el incendio que se había declarado.

A menos que seamos tan necios, que pensemos que debemos correr con pan a llenar el vientre del que siente hambre, en vez de preocuparnos por saciar con la palabra de Dios las mentes de quienes estamos instruyendo (Dt 8,3; Mt 4,4).

Además debemos pensar que si obrar así nos fue útil y no hacerlo no nos supuso ningún daño, seríamos bastan-

te necios al despreciar el remedio que se nos ofrece para nuestra salvación y la de nuestros prójimos. Más aún cuando recordamos la frase amenazante del Señor: *Siervo malo y haragán debiste siquiera dar mi dinero a los prestamistas* (Mt 25,26-27), qué locos seríamos si por la angustia del pecado volvemos a dejarnos ganar por él, en vez de dar los tesoros de Dios a quienes lo piden y desean.

Disipado el sopor del aburrimiento con estas consideraciones y razonamientos, nuestra atención se centrará mejor en la catequesis, y podrá así ser asimilado mejor lo que brota rápida y jovialmente de la abundancia de la caridad.

Y esto no te lo digo yo, sino que nos lo dice a todos el mismo amor que se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom 5,5)

#### **CAP. XV. Adaptación del discurso a los diversos grupos de oyentes.**

23. Seguro estás pensando en este momento que debo darte un ejemplo, que por cierto te había prometido, de cómo yo actuaría de catequista. Antes de hacerlo quiero que tengas muy presente que no es lo mismo la actitud del que escribe algo pensando en sus futuros lectores, que la del que habla a un auditorio presente. Y aún en este caso es diferente la actitud de quien reprende en secreto, sin testigos, y otra la del que expone algo en público ante gentes con distintas opiniones y formas de pensar. Y todavía es diferente instruir a una sola persona, aunque asistan más como para testificar y confirmar lo que ya conocen, que cuando nos dirigimos a un grupo en el que todos esperan lo que vamos a exponerles. Todavía así es diferente cuando estamos en privado intercambiando opiniones, que cuando la gente escucha en silencio a alguien que habla desde un lugar elevado.

Es importante también tener presente si son pocos o muchos los que escuchan, si son ignorantes, instruidos o una mezcla de ambos, si son habitantes del campo o de la

ciudad o mezclados, o si es un auditorio compuesto por todo tipo de personas.

Es muy difícil que todo esto no influya en el que habla, y que lo que diga no esté provocado por los sentimientos que le produce el auditorio que tiene delante, y que a su vez éste también no sea influido por la presencia del expositor.

Pero como ahora estamos tratando de la instrucción de los ignorantes, te puedo asegurar que yo mismo me siento condicionado cuando en la catequesis tengo ante mí a una persona culta o analfabeta, de la ciudad o turista, rico o pobre, particular o con cargos públicos, de ésta o aquella familia, de una u otra edad, sexo o condición, de tal o cual secta o creencia popular; y según la diversidad de sentimientos que experimento el discurso comienza, avanza y termina de forma muy diferente.

Porque aunque a todos debemos la misma caridad (1 Cor 9,22), no a todos hemos de aplicar el mismo remedio. La misma caridad a unos engendra y con otros sufre, a unos trata de edificar y a otros teme ofender, se humilla hacia unos y eleva a otros, con unos es suave y con otros severa, para nadie es enemiga y para todos madre.

Quien no haya tenido la experiencia de lo que te digo, con ese espíritu de caridad, nos juzga felices cuando ve que estamos en boca de todos por esos talentos que se nos han dado; y, sin embargo, Dios, a cuya presencia llegan los gemidos de los oprimidos (Sal 79,11), ve nuestra humildad y nuestro esfuerzo y nos perdonará todos nuestros pecados (Sal 25,18).

En todo caso, si te agrada algo de lo que hago y deseas escuchar algunas observaciones sobre la forma en que desarrollas tus catequesis, sería mejor que vieras y escucharas cuando estoy actuando, en vez de leer todo esto que te estoy escribiendo.

## SEGUNDA PARTE

### Ejemplos prácticos de catequesis.

**CAP. XVI. *La quietud no ha de buscarse en las cosas inquietas. No en las riquezas ni en los honores, deleites sexuales, o espectáculos morbosos.***

24. Supongamos que viene a nosotros alguien que quiere hacerse cristiano, que es ignorante, no del campo sino de la ciudad, de los tantos que tú mismo puedes encontrar en Cartago. Le preguntas si quiere hacerse cristiano porque desea alguna ventaja de la vida presente y te responderá que más bien por el descanso de la vida futura. En este caso podemos instruirlo así: Demos gracias a Dios, hermano. Te felicito y me alegro contigo porque, en medio de tantas y tan peligrosas tempestades de este mundo, te preocupas de una seguridad cierta y verdadera.

En este mundo, como tú sabes, los hombres buscan el descanso y la seguridad con gran esfuerzo, pero no lo encuentran a causa de sus depravados deseos. Quieren descansar en cosas inconsistentes y pasajeras, que con el tiempo pasan y desaparecen, y la inseguridad y el temor no les permiten reposar en paz.

Cuando el hombre quiere descansar en las riquezas más que seguridad encuentra soberbia. Veamos cómo muchos de un momento a otro las pierden, mueren por querer poseerlas o porque otros se las arrebatan. Y aún cuando las poseyéramos toda la vida, al momento de la muerte tendríamos que abandonarlas.

¿Cuánto dura la vida del hombre, aunque llegue a viejo? Y cuando uno desea llegar a viejo, ¿qué está deseando sino una larga enfermedad?

Los honores de este mundo no son sino arrogancia, vanidad y peligro de perdición. La Sagrada Escritura dice

*Toda carne es heno y la gloria del hombre es como la flor del heno. Se secó el heno, cayó la flor, la palabra del Señor, en cambio permanece para siempre. (Is 40,6-8; 1Pe 1,24-25).*

Por eso, el que desea el verdadero reposo y la verdadera felicidad, no debe poner su esperanza en las cosas pasajeras y transitorias sino en la palabra del Señor para siempre, buscando lo que permanece por siempre, también él permanecerá para siempre.

25. Hay también personas que no desean ser ricos ni ambicionan alcanzar honores y apariencias, sino que prefieren estar y descansar en orgías y fornicaciones, en los teatros y en los espectáculos frívolos que encuentran gratis en las grandes ciudades. Consumen así su pobreza en lujuria y, a causa de la miseria, caen luego en robos y asaltos y hasta en atracos, siendo víctimas de muchos temores. Y los que antes cantaban en las tabernas, ahora lloran en las cárce-

Por su afición a los espectáculos se asemejan a los delirios, incitando a todos al odio, a la lucha y a la destrucción sólo por complacer a un pueblo enloquecido. Y cuando el pueblo se da cuenta que los luchadores están de acuerdo para no hacerse daño, los odia y persigue y, como a los rampasas, pide a gritos que se les golpee y hasta obligan al juez, que es el vengador de injusticias, a que cometa ese crimen.

Si, por el contrario, se dan cuenta que entre ellos se pelean, bien sean los llamados gladiadores *sintas* o *sinti*, comediantes, músicos, aurigas, cazadores, a quienes, para el gusto de maldad, se les obliga a luchar, no sólo entre sí sino también con las fieras, y cuanto más encarnizada es la lucha, tanto más les estiman e incitan como enloquecidos a los mismos, animando a uno u otro de los luchadores.

¿Cómo puede mantener la serenidad de espíritu quien se alimenta de discordias y peleas? No olvidemos que se-

gún es el alimento que ingerimos así es la salud que disfrutamos.

Por último, aunque los placeres irracionales no son placeres realmente, con todo, cualquiera que sea el placer de las riquezas, el orgullo de los honores, la orgía de las tabernas, el encanto de los teatros, la inmundicia de las fornicaciones, la lascivia de los baños, un simple malestar indisponen a uno y acaba con todo esa supuesta felicidad. Solo queda la conciencia vacía y atormentada que tiene a Dios como juez ya que no quiso tenerlo como custodio y protector. Y lo encontrará como amo severo por no haber querido tenerlo como padre cariñoso.

Tú, sin embargo, que andas buscando el verdadero descanso prometido a los cristianos después de esta vida, podrás gozarlo ya a pesar de las durísimas dificultades presentes, si amas los preceptos de quien te lo prometió. Pronto te darás cuenta que son más dulces los frutos de la justicia que los de la maldad y que el hombre goza más profunda y sinceramente de su buena conciencia, a pesar de las dificultades, que de la mala conciencia en medio de los placeres. Porque tú no has venido a la Iglesia de Dios buscando ventajas o utilidades materiales.

#### **CAP. XVII. Razones para entrar en la Iglesia.**

26. Hay quienes desean entrar en la Iglesia por llegar a personas de quienes esperan conseguir ventajas materiales, o por no ofender a personas a las que temen. Estos son reprobables, y la Iglesia los soporta como la era aguanta la paja hasta el momento de aventarla. Si no se enmiendan y se hacen cristianos por la esperanza del descanso eterno, a las finales habrán de ser separados. Y no se crezcan porque pueden estar en la era junto al trigo de Dios, pues no permanecerán en el granero, sino que serán destinados al fuego merecido (Mat 3,12).

Hay también otros con mayor probabilidad de esperanza, aunque no menor peligro, que temen a Dios y no se

burlan del nombre de cristianos, que entran en la Iglesia con sincero corazón, pero que esperan ya en esta vida la felicidad como si pudieran ser más afortunados que los que no honran a Dios. Al darse cuenta que los criminales e impíos disfrutaban en abundancia de cierta prosperidad, mientras que ellos tienen menos o pueden perder lo que tienen, se angustian como si estuviesen honrando a Dios en vano, por lo que fácilmente se apartan de la fe.

27. Quien desea hacerse cristiano por la felicidad y el descanso eterno que han sido prometidos a los santos después de esta vida, para no caer en el fuego eterno, sino para entrar con Cristo en el reino eterno (Mt 25,34,41,46; Apoc 14,13; Hebr 4,10), es realmente un verdadero cristiano. Siempre está en guardia contra la tentación para no verse corrompido por la prosperidad ni deprimido por la adversidad. Es cauto y discreto en la abundancia, y fuerte y valeroso en las tribulaciones (Rom 12,12). Y avanzará tanto en su perfección que llegará a amar más a Dios que a temer el infierno, al punto que si Dios le dijera: *puedes gozar por siempre de los placeres carnales y pecar cuanto quieras porque, a pesar de todo esto, no morirás ni irás al infierno, eso sí, no podrás estar a mi lado, sentirá tal horror al pecado que no lo cometerá, no por el castigo, sino por no ofender a quien tanto ama, en quien encuentra la paz y a quien jamás el ojo vio, ni el oído oyó, ni nadie imaginó lo que tiene preparado para los que le aman* (1Cor 2,9).

28. De este descanso habla la escritura, y no lo oculta, que desde el principio del mundo, cuando Dios hizo los cielos y la tierra y todo cuanto hay en ellos, trabajó seis días y el séptimo descansó (Gen 1-2,1-3). Podía, el Omnipotente, haber hecho todo esto en un solo instante. De hecho no había trabajado con el fin de descansar, cuando *dijo y las cosas existieron, mandó y fueron creadas* (Sal 33,9; 148,5), sino para darnos a entender que, después de las seis edades del mundo, en la séptima, como en el séptimo día, descansaría en sus santos, porque ellos descansarán en él después de las buenas obras con que le sirvieron. Él mismo es quien actúa en ellos pues Él es quien les llama y

les da órdenes y santifica al que antes era pecador. Y así como ellos actúan y hacen el bien con su ayuda, cuando descansan en Él, decimos que Dios también descansa. Claro que Él no necesita descanso, pues el trabajo no le produce fatiga. Hizo todas las cosas por medio de su Palabra (Jn 1,2), y ésta es el mismo Cristo, en quien descansan, en sagrado silencio, los ángeles y todos los más puros espíritus celestiales.

El hombre, sin embargo, al caer en pecado, perdió el descanso que tenía en su divinidad y la recuperó en su humanidad, por lo que, en el momento oportuno que Él creía debía realizarse, se hizo hombre naciendo de una mujer. No podía quedar contaminado por la carne, pues venía a limpiar la carne. Por revelación del Espíritu conocieron los antiguos santos acerca de su venida y así lo profetizaron. Y en la creencia de su venida fueron salvados (1Pe 1,10), al igual que nosotros nos salvamos creyendo que ya ha venido, y de ese modo amemos a Dios que nos amó al punto de enviarnos a su único hijo (Jn 3,16; 1 Jn 4,10) que, revestido con humildad de nuestra mortalidad, murió por los pecadores a manos de pecadores (Filp 2,7-8).

Desde tiempos antiguos, desde el comienzo de los tiempos, este sublime misterio no cesa de ser prefigurado y anunciado.

#### **CAP. XVIII. *Relato de la creación. Historia de la salvación.***

29. Dios omnipotente, bueno, justo y misericordioso que hizo todas las cosas buenas, las grandes y las pequeñas, las excelsas y las humildes, las que se ven como el cielo, la tierra, el mar, y en el cielo el sol, la luna y los demás astros, y en la tierra y en el mar los árboles, las plantas y los animales de toda especie y todos los cuerpos celestes y terrestres, y las que no se ven, como los espíritus que animan y vivifican los cuerpos. Hizo también al hombre a su imagen y semejanza para que como Él preside con su omnipotencia todo lo creado, así el hombre con su inteligencia, con la que conoce a su creador y le da culto, pre-

sidiera todos los animales de la tierra. Creó también, como ayuda para el hombre, a la mujer, no en función de un deseo carnal, pues no lo tenían en sus cuerpos perecederos, antes que la mortalidad les invadiera por el pecado, sino para que el varón tuviera su gloria en la mujer, al precederla en el camino hacia Dios y fuese para ella modelo a imitar en santidad y piedad, al igual que él es gloria de Dios cuando imita su sabiduría.

30. Y los colocó en un lugar de permanente felicidad que la Sagrada Escritura llama paraíso (Gn 2,8; 2,16-17), y les dio una orden, que de no haber desobedecido, seguirían en aquella felicidad e inmortalidad, pero que al desobedecer quedaron sujetos al castigo de la muerte.

Sabía Dios de antemano que le desobedecerían, pero siendo creador y autor de todo bien prefirió crearlos cuando hizo también los animales para llenar la tierra de bienes. El hombre, con todo y su pecado, es mejor que los animales. Y aunque no obedecerían les dejó una orden para que no tuvieran excusa cuando llegara la hora del castigo.

El hombre, cualquier cosa que haga, encontrará que Dios es digno de alabanza por sus obras. Si obra bien lo encontrará digno de alabanza por la magnanimidad del premio, y si obra mal lo encontrará digno de alabanza por la justicia del castigo. Y si vuelve al recto camino de la vida por la confesión de sus pecados, descubrirá la gloria de Dios en la misericordia del perdón.

¿Por qué no habría de crear Dios al hombre, aún sabiendo que habría de pecar, si premia a los que perseveran, enmienda al que cae, ayuda al que se levanta y siempre y en todas partes es glorioso por su bondad, su justicia y su clemencia? Sobre todo sabiendo que de esa raza mortal habría personas santas que no buscarían su propia gloria, sino la gloria de Dios (Jn 7,18) y dándole culto, libres de toda corrupción, merecerían vivir con los ángeles por siempre en una eternidad feliz.

Dios, que dio al hombre la libertad para que le rindiera culto no como esclavo sino por su propia y libre voluntad, también se la dió a los ángeles; por eso el ángel que desobedeció orgullosamente a Dios, junto con otros ángeles secuaces suyos, se convirtieron en demonios, haciéndose daño a sí mismos, no a Dios.

Dios sabe reordenar hacia sí las almas que le han abandonado, y ante su debilidad, con leyes apropiadas y oportunas, restablecer un orden necesario en los niveles inferiores de la creación. El diablo no podía hacer daño a Dios con su caída, o con la seducción del hombre (Gn 3,1ss). El hombre tampoco afectó para nada la verdad, el poder o la bondad de su creador, al haber aceptado las sugerencias de la mujer, seducida por el diablo, para hacer lo que Dios les había prohibido. Todos fueron condenados por las justas leyes de Dios, lo que aumenta su gloria por la justicia del castigo y su propia ignominia por la vergüenza de la pena. De esta forma el hombre, alejado de su creador, fue vencido y sometido por el diablo, y éste a su vez deberá ser vencido por el hombre si de nuevo se convierte a su creador. Todos los que ceden a las sugerencias del diablo irán con él al castigo eterno, y cuantos se humillan ante Dios, y con la ayuda de su gracia vencen al diablo, merecen el premio eterno.

**CAP. XIX. Continúa la historia de la salvación.  
Los buenos y los malos en la Iglesia serán finalmente separados. Las dos ciudades.  
El diluvio y el arca, etc.**

31. No debe inquietarnos el hecho que sean muchos los que siguen al demonio y pocos los que siguen a Dios, al igual que el trigo es mucho menos que la paja, que es más abundante. Pero así como el campesino sabe qué hacer con la cantidad de paja sobrante, así también es nada para Dios la cantidad de pecadores, pues sabe muy bien qué hacer con ellos para que no entorpezcan ni alteren el gobierno de su Reino. Ni hemos de pensar que salió victorioso el demonio porque arrastró tras de sí a muchos, pues con todos

ellos será vencido por unos pocos. De esta forma, desde el principio del género humano siguen su proceso dos ciudades, una de los malvados, otra de los santos; separadas en su intencionalidad, pero mezcladas corporalmente, hasta que también en el cuerpo sean separadas el día del juicio.

Todos los que aman la soberbia y el poder con altivo orgullo y arrogante vanidad, así como los espíritus que tienen estas mismas apetencias y ponen su empeño en esclavizar a los hombres, forman una misma sociedad, y aunque con frecuencia luchan entre sí por estas cosas, caen al mismo abismo bajo el peso de su codicia común y allí se juntan todos por la semejanza de sus costumbres y sus méritos.

Por su parte, todos los espíritus y los hombres que buscan humildemente la gloria de Dios, no la suya propia, y que le honran piadosamente, pertenecen a una misma sociedad. Dios, además, con su extraordinaria misericordia y paciencia con los malos, les da oportunidad de corregirse y arrepentirse.

32. Aun cuando Dios destruyó a todos por el diluvio a excepción de un solo hombre justo y su familia, a quienes preservó en el arca, sabía con seguridad que no habrían de corregirse. A pesar de eso, durante los cien años que duró la construcción del arca, se les anunció la ira de Dios que vendría sobre ellos (Gen 6, 14; Heb 11,7; 2Pe 2,5) y el perdón que se les otorgaría en caso de que se convirtieran, como habría de perdonar más tarde a los habitantes de Nínive cuando hicieron penitencia ante el anuncio de su destrucción hecha por el profeta (Jonás, 3,10).

Así actúa Dios, dando oportunidad de conversión incluso a los que sabe que están decididos a seguir en el mal, para ejercitar así nuestra paciencia y para que imitemos su ejemplo; para que aprendamos también a ser tolerantes con los malos, ya que ignoramos cuál va a ser su conducta en el futuro, que El si conoce, una vez que les perdone y les permita vivir.

El diluvio prefigura además, en el arca en la que fueron salvados los justos, la Iglesia, a la que su rey y Dios, Cristo, salvó del naufragio de este mundo por el misterio de su cruz.

Y Dios sabía que incluso de aquellos que fueron salvados en el arca nacerían hombres malos que llenarían de nuevo la tierra con sus maldades, y, sin embargo, dio un ejemplo de lo que será el juicio futuro y anunció la liberación de los buenos por el misterio de la cruz.

Después de esto no cesó de pulular de nuevo la maldad por la soberbia, sensualidad y prácticas ilícitas, cuando los hombres, abandonando a su creador, no sólo se desviaron hacia las criaturas que Dios había hecho, adorándolas en lugar suyo, sino que se doblegaron ante las obras de sus manos y ante los artefactos de los orfebres y artistas, siendo así presa vergonzosa del demonio y sus espíritus. Estos se alegran al verse adorados en tales imágenes y alimentan sus errores con los errores de los hombres.

33. No faltaron, sin embargo, en todo este tiempo santos que buscaran a Dios piadosamente y vencieran la soberbia del demonio. Son los ciudadanos de aquella ciudad santa que fueron salvados por la futura humildad de Cristo, su rey, revelada por el Espíritu. Entre estos fue elegido Abrahám, piadoso y fiel servidor de Dios (Gn 12,1; 18,3) y a quien le fue mostrado el misterio del Hijo de Dios, de manera que imitando su fe, los creyentes de todos los pueblos pudieran ser llamados hijos suyos.

De él nació el pueblo que adoraría al único Dios verdadero, que ha hecho el cielo y la tierra, mientras todos los demás adoraban ídolos y demonios. En este pueblo evidentemente está prefigurada la Iglesia futura, pues había una gran multitud preocupada por cosas materiales y que por interés adoraba a Dios. Había también unos pocos que pensaban en el descanso futuro y buscaban la patria celestial. A ellos, proféticamente, se les revelaba la futura humildad de Dios, Rey y Señor nuestro, Jesucristo. Y por esa fe fueron sanados de toda soberbia y engreimiento. De todos es-

tos santos, anteriores al nacimiento del Señor, no sólo sus palabras y su vida fueron anuncio profético de este tiempo nuestro, sino también sus matrimonios, sus hijos y sus hechos. Y es ahora, cuando por la fe en la pasión de Cristo, la Iglesia convoca y congrega a todos los pueblos.

Fue por estos santos patriarcas y profetas que llegaron a Israel, más tarde llamado pueblo judío, no sólo los beneficios temporales que deseaban sino la mitigación de los castigos con los que, de cuando en cuando, se les atemorizaba, como convenía a la dureza de su corazón.

Y a pesar de todo, en estas cosas había un significado de los misterios espirituales referentes a Cristo y a la Iglesia. De esta Iglesia eran miembros también aquellos santos, aunque habían vivido antes del nacimiento de Cristo Señor según la carne.

De hecho el mismo Unigénito de Dios, Palabra del Padre, igual y coeterno al Padre, por quien han sido hechas todas las cosas, se hizo hombre por nosotros para ser como cabeza de todo el cuerpo de la Iglesia.

Del mismo modo que al nacer el hombre, aunque primero saque una mano, ésta viene unida a todo el cuerpo y dirigida por la cabeza -gran parte de los patriarcas son como esta mano que se saca antes de nacer (Gn 25,25)-, así también todos los santos que vivieron antes del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, aunque nacidos antes, estuvieron integrados a todo el cuerpo del que Cristo es la cabeza.

**CAP. XX. *Esclavitud de los israelitas en Egipto y liberación por el Mar Rojo. La ley escrita por el dedo de Dios. Jerusalén modelo de la ciudad celeste.***

34. Este pueblo, deportado a Egipto, sirviendo bajo un sistema opresor y soportando durísimas pruebas, buscó al Dios liberador. Le fue enviado uno de su mismo pueblo:

Moisés, santo siervo de Dios, quien con grandes milagros obrados por la fuerza de Dios, sembró el terror en el pueblo egipcio y llevó a la libertad al pueblo de Dios a través del Mar Rojo, cuyas aguas dividió para dar paso a los transeúntes. Los egipcios que les perseguían quedarán sumergidos al volver las aguas a su cauce normal.

De la misma forma como las aguas del diluvio purificaron la tierra de la maldad de los pecadores, que en aquella inundación fueron eliminados, mientras los justos se salvaron en el arca, así también el pueblo de Dios que salía de Egipto, encontró su camino a través de las aguas en las que perecieron sus enemigos.

Tampoco allí faltó el sacramento del madero, pues Moisés golpeó con su vara para que se realizara el milagro. Ambos son signos del santo bautismo, por el cual los fieles pasan a una vida nueva, sus pecados se borran y desaparecen como los enemigos. La pasión de Cristo está aún más claramente simbolizada en aquel pueblo cuando recibió el orden de sacrificar y comer un cordero (Ex 12,3; 12,11) y marcar con su sangre las jambas de sus puertas y celebrar este rito todos los años, dándole el nombre de la Pascua del Señor. Clarísimamente dice la profecía sobre el Señor Jesucristo: *fue llevado como oveja al sacrificio* (Is 53,7). Hoy tú también debes signar tu frente con la señal de esta pasión y cruz, como los judíos en las jambas de sus puertas, y como deben hacerlo todos los cristianos.

35. Durante cuarenta años fue conducido aquel pueblo por el desierto (Ex 16,35; 31,18; Deut 9,10); recibió la ley escrita por el dedo de Dios, expresión que significa el Espíritu Santo, como aparece claramente en el Evangelio (Lc 11,20; Mt 12,28), ya que Dios no tiene forma corporal ni miembros ni dedos, como tenemos nosotros.

Por el Espíritu Santo, sin embargo, se distribuyen los dones de Dios, de manera que obrando nosotros en diversidad no perdamos la concordia de la caridad. En los dedos es donde aparece más claramente esta diversidad que no

es, desde luego, ruptura de la unidad y por eso el Espíritu Santo es llamado el dedo de Dios. Pero cuando escuchemos esto no hemos de pensar de ningún modo en que Dios tenga forma humana.

Aquel pueblo, decíamos, recibió la ley escrita por el dedo de Dios en unas tablas de piedra, para significar la dureza de su corazón, pues no habría de observar esa ley.

Apeteciendo más los dones materiales de parte del Señor, se movían más por el temor carnal que por la caridad espiritual, cuando sabemos que sólo la caridad cumple la ley. Por eso se fueron sobrecargando de muchos ritos externos que soportaban como yugo de esclavos, tanto en las observancias sobre los alimentos, como en los sacrificios de los animales y otras muchas cosas más, qué, sin embargo, eran signos de las cosas espirituales que se referían al Señor Jesucristo y a su Iglesia. En aquel entonces pocos las entendían como signos de salvación y las observaban como transitorias que eran, pero la multitud de la gente materialista se limitaba a cumplir sin entender.

36. De este modo, con diferentes signos de las cosas futuras, que serían muy largo recordar y vemos realizados ahora en la Iglesia, fue conducido aquel pueblo a la tierra prometida, donde pudiera manejarse según sus propios deseos. A pesar de todo, este reino temporal es figura e imagen del reino espiritual. Allí fue fundada Jerusalén, famosísima ciudad de Dios, símbolo de ciudad libre y celeste (Gal 4,25-26) y cuyo significado en hebreo es *visión de paz*. Sus ciudadanos son todos aquellos santos que existieron, existen y existirán y todos los espíritus santificados que en lo más alto del cielo obedecen a Dios con piedad y devoción, en vez de imitar la impía soberbia del diablo y sus ángeles.

El rey de esa ciudad es el Señor Jesucristo, Palabra de Dios, por quien se rigen todos los ángeles y palabra revestida de naturaleza humana, para que por ella se regeneren todos los hombres y puedan reinar en su compañía en la paz sin fin.

Como prefiguración de este rey, en aquel reino terreno de Israel, se destacó David, de cuya raza, según la carne, habría de nacer el verdadero rey nuestro señor Jesucristo, que *es Dios bendito por los siglos sobre todas las cosas* (Rom 9,5).

Muchas otras cosas fueron realizadas en aquella tierra prometida para prefigurar la venida de Cristo y de su Iglesia, que podrás ir aprendiendo con calma en los libros sagrados.

#### **CAP. XXI. Significado de la cautividad de Babilonia.**

37. Después de algunas generaciones, aparece otra figura de gran contenido a este respecto, pues aquella ciudad fue tomada cautiva y gran parte de sus habitantes fueron deportados a Babilonia. Así como Jerusalén significa la ciudad y la comunidad de los santos, así Babilonia significa la ciudad y la sociedad de los malos y su mismo nombre quiere decir *confusión*.

Hemos hablado ya antes de estas dos ciudades, cuya historia corre pareja desde el principio de la humanidad y que serán separadas en el juicio final.

La cautividad de Jerusalén y la deportación del pueblo sometido a cautividad fueron ordenados por Dios a través de Jeremías, profeta de esa época. Y hubo reyes en Babilonia, bajo cuyos gobiernos servían los cautivos que, asombrados por algunos hechos maravillosos durante la estadía del pueblo de Israel, conocieron, honraron y mandaron se diera culto al único Dios verdadero, creador de todo lo existente (Dan 2, 46 y ss.).

A los israelitas se les mandó orar por quienes les tenían cautivos y esperar la paz en la paz de sus dominadores, engendrando hijos, construyendo casas y plantando huertos y viñedos. Se les promete la liberación después de setenta años (Jer 25,11; 29,5-7; 29,10).

Todo esto era prefiguración de la Iglesia de Cristo, que con todos sus santos, que son los ciudadanos de la Jerusalén celestial, estaría sometida a los poderes de este mundo.

La doctrina apostólica afirma: *Sométanse todos a las autoridades constituidas y den a cada cual lo que se le debe: a quien impuestos, impuestos; a quien tributo, tributo.* (Rom 13,1,7) y todo el resto, excepto el culto que debemos a Dios, demos a los que están constituidos en autoridad, pues el mismo Señor, para darnos ejemplos de estas sanas doctrinas y costumbres, al haber tomado nuestra condición humana, no evadió el pago de los tributos (Mt 17,24).

Los siervos cristianos y los fieles rectos han recibido el mandato de servir con fidelidad y serenidad a sus señores, a quienes juzgarán si persisten en la maldad hasta el final (Ef 6,5), o con quienes reinarán si se convirtieron al verdadero Dios. A todos por igual se les ordena servir a los que ejercen autoridad en este mundo, hasta que llegado el momento, simbolizado en los setenta años, la Iglesia se vea libre de la confusión de este mundo, como lo fue Jerusalén de la cautividad de Babilonia.

Con ocasión de esta cautividad, estos reyes de la tierra, abandonando los ídolos, a causa de los cuales perseguían a los cristianos, conocieron y adoraron al único Dios verdadero y a Cristo el Señor. Por ello nos manda el apóstol Pablo orar por ellos, incluso cuando persiguen a la Iglesia. Dice así: *Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los constituidos en autoridad, para que podamos vivir una vida tranquila y apacible con toda piedad y dignidad* (I Tim 2,1-2).

Así, por medio de ellos tuvo la Iglesia paz, aunque pasajera, estabilidad temporal para edificar espiritualmente casas y plantar huertos y viñedos. Y esto es lo que estamos haciendo nosotros contigo con estos discursos. Y esto se realiza en todo el mundo, gracias a la paz que gozamos

con los reyes cristianos, tal como dice el apóstol: *soís campo de Dios, edificación de Dios* (I Cor 3,9).

38. Después de setenta años, que había profetizado simbólicamente el profeta Jeremías, para prefigurar el fin de los tiempos, y para que esta figura fuera completa, se restauró el templo de Dios en Jerusalén. Como las cosas, sin embargo, no eran sino simbólicas, la paz y la libertad restablecidas a los judíos, no fueron duraderas. De ahí que poco después fueron vencidos y sometidos por los romanos.

Desde el tiempo feliz en que recibieron la tierra prometida y comenzaron a tener reyes, para que no se confiaran que con alguno de ellos iban a alcanzar plenamente la liberación prometida en Cristo, se anunció a éste mucho más explícitamente en muchas profecías, no sólo por el mismo David en el libro de los salmos, sino por otros muchos y santos profetas, hasta el tiempo de la cautividad de Babilonia. Y durante el tiempo de la cautividad no faltaron profetas que anunciaron la venida del Señor Jesucristo como liberador de todos. Y después que, pasados los setenta años, fue reconstruido el templo, fueron tantas y tan grandes las tribulaciones sufridas por los judíos en manos de los reyes gentiles, que entendieron que el liberador no había aún llegado y que no lo imaginaban como liberador espiritual sino político y social poderoso.

**CAP. XXII. *Las seis edades del mundo. La sexta es la venida de Cristo. Su nacimiento, vida y muerte.***

39. Cinco de las edades del mundo han transcurrido ya. La primera de ellas va desde el origen del género humano, es decir, desde Adán que es el primer hombre creado, hasta Noé que construyó el arca para el diluvio (Gn 17,5-6).

La segunda llega hasta Abrahám, llamado padre de todos los pueblos, y cuya fe deberían todos imitar. De su descendencia viene el pueblo judío, el único entre todos los pueblos de la tierra que rindió culto al Dios verdadero, an-

tes que los gentiles abrazasen la fe cristiana; y del que nacería, por descendencia, Jesucristo el Salvador.

La articulación de estas dos edades aparece clara en los libros del Antiguo Testamento, de las otras tres se habla en los Evangelios a propósito del origen humano de Nuestro Señor Jesucristo. (Mt 1,17).

La tercera edad va desde Abrahám hasta el rey David, la cuarta, desde David hasta la cautividad de Babilonia, la quinta, desde aquella deportación hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo. Y a partir de esta venida comienza la sexta, en la que la gracia espiritual, conocida solo por unos pocos patriarcas y profetas, se manifiesta a todos los pueblos, de forma que Dios pueda ser adorado desinteresadamente, esperando de él, no los premios visibles y la felicidad de la vida presente, sino solamente la eterna, que es gozo, en la presencia misma de Dios. En esta sexta edad la mente humana será renovada a imagen de Dios, de la misma forma que a imagen de Dios fue hecho el hombre el sex to día (Gn 1,27).

Entonces también la ley adquiere su plenitud y se cumplirá, no por la apetencia de bienes temporales, sino por amor de quien mandó cumplir todo lo mandado. ¿Quién se negará a corresponder al amor de un Dios sumamente santo y misericordioso que se adelantó a amar a los hombres sumamente injustos y perversos hasta el punto de enviar por su causa a su único Hijo, por quien hizo todas las cosas, que sin cambio alguno por su parte se hizo hombre, asumiendo la naturaleza humana, no sólo para poder vivir con los hombres, sino para morir por ellos a manos de ellos mismos?

40. De este modo, el Nuevo Testamento es manifestación de la herencia eterna, en la que el hombre, renovado por la gracia de Dios, arranca una vida nueva, la vida espiritual. Y manifiesta así la caducidad del antiguo testamento, en el que un pueblo carnal vivía una vida vieja, a excepción de unos pocos patriarcas, profetas y santos anónimos que

comprendieron la realidad. Este pueblo viviendo materialmente esperaba premios materiales y los recibía como figura de los bienes espirituales.

Cristo, el Señor, hecho hombre, despreció los bienes terrenos para enseñarnos a despreciarlos; soportó todos los males y nos mandó soportarlos para que no busquemos en ellos la felicidad ni temamos la infelicidad en estos males.

El mismo, nacido de una madre que, aunque concibió sin concurso de varón y permaneció siempre intacta, virgen al concebir, virgen al dar a luz, virgen al morir, estaba, sin embargo, desposada con un obrero, quiso extirpar así de raíz todo orgullo de nobleza carnal.

Nacido en la ciudad de Belén, que entre todas las ciudades de Judea era tan pequeña que aún hoy se llama aldea, quiso que nadie pudiera gloriarse de la nobleza de ninguna ciudad.

Se hizo pobre quien es dueño de todo y por quien todo fue creado, para que quien creyera en él no fuera a enorgullecerse de sus riquezas.

No quiso ser proclamado rey, aun cuando todas las criaturas manifiestan su reinado eterno, para mostrar así el camino de la humildad a los que se habían distanciado de él por la soberbia.

Padeció hambre quien alimenta a todas las criaturas. Sufrió sed el creador de toda bebida y quien es espiritualmente pan para los hambrientos y fuente para los sedientos.

Se cansó por los caminos de este mundo quien se hizo para nosotros camino al cielo.

Sordo y mudo ante quienes le insultaban, él que había hecho hablar a los mudos y oír a los sordos. Encadenado quien rompió las cadenas de la enfermedad. Azotado quien

libro del azote del dolor los cuerpos de los hombres. Crucificado quien acabó con nuestras cruces. Muerto quien volvió a la vida a los muertos.

Pero resucitó para no morir jamás, para que nadie tema despreciar a la muerte como si no la hubiera de vencer.

**CAP. XXIII. *Envío del Espíritu Santo cincuenta días después de la resurrección. Conversión de los judíos por la predicación de los Apóstoles. Apertura de la Iglesia por obra de Pablo.***

41. Después de confirmados sus discípulos y haber departido con ellos durante cuarenta días, subió en su presencia al cielo, y pasados cincuenta días desde su resurrección, les envió, tal como lo había prometido, al Espíritu Santo, por cuya acción difundió la caridad en sus corazones para que pudieran cumplir la ley, no sólo sin dificultad, sino incluso con alegría. Ley que fue dada a los judíos en diez preceptos que llamamos decálogo y que se reducen a dos: amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente y amar al prójimo como a nosotros mismos. Pues de estos dos preceptos depende toda la Ley y los Profetas, tal como él mismo nos lo dice en el Evangelio (Mt 22,37-40) y nos lo enseñó con su ejemplo.

El mismo pueblo de Israel, desde el día en que celebró por primera vez simbólicamente la pascua, inmolando y comiendo el cordero, con cuya sangre se marcaron las puertas para tutela de su vida (Ex 12,1-3), desde ese mismo día al cumplirse los cincuenta recibió la ley escrita por el mismo dedo de Dios (Ex 19 y 20), con cuyo nombre, como ya dijimos, se designa al Espíritu Santo (cap. XX, n. 35). De igual manera, a los cincuenta días de la pasión y resurrección del Señor, que es la verdadera pascua, fue enviado a los apóstoles el Espíritu Santo, no a la manera de las tablas de piedra significando la dureza de corazón, sino estando todos reunidos en un mismo lugar en Jerusalén, sobrevino de repente un ruido del cielo (Hch 2,1-4), como si soplara un fortísimo viento, aparecieron unas como lenguas de fue-

go repartidas sobre cada uno de ellos, y comenzaron a hablar en diversas lenguas, de manera que cuantos se acercaron a donde ellos estaban, reconocía cada uno su propia lengua. (Conviene recordar que a aquella ciudad peregrinaban los judíos dispersos por todo el mundo y donde habían aprendido las diferentes lenguas de los pueblos donde residían (Hch 2,1-11). Predicando después a Cristo con toda fidelidad, en su nombre realizaban numerosos milagros, al punto que pasando Pedro, su sombra resucitaba a los muertos (Hch 5,15).

42. Pero al ver los judíos que se estaban haciendo tantos milagros en nombre de aquel que ellos, en parte por envidia y en parte por error, habían crucificado, algunos llenos de ira se dedicaron a perseguir a los apóstoles que predicaban a Cristo, otros, sin embargo, admirados por la cantidad de milagros que se estaban haciendo en nombre de quien ellos mismos se habían burlado al verle derrotado y vencido, arrepentidos se convirtieron y creyeron en él por miles.

Aquellos judíos ya no eran los que esperaban beneficios temporales, suspirando por la implantación de una teocracia terrena, ni ponían su esperanza en Cristo como rey temporal, sino que fueron capaces de aceptar la inmortalidad, amando a quien por su culpa y en beneficio suyo tanto padeció, perdonó con su sangre sus pecados, y les mostró con su resurrección, el don de la inmortalidad que habían de esperar y desear.

De esta forma, mortificando los deseos terrenos del hombre viejo, e inflamados por la novedad de la vida espiritual, conforme al precepto del Señor en el Evangelio, vendían cuanto tenían y colocaban a los pies de los apóstoles el precio de sus posesiones para que lo distribuyeran según las necesidades de cada uno (Hch 2,44; 4,34).

Viviendo en la armonía de la caridad cristiana, nada consideraban propio, sino que todo era común, como uno era su corazón y su alma en Dios (Hch 4,32-35).

Posteriormente también ellos sufrieron en carne propia la persecución y la dispersión, por parte de los judíos. Gracias a esta dispersión es que se predicó a Cristo más ampliamente y tuvieron la oportunidad de imitar la paciencia de su Señor, pues quien por ellos había padecido con mansedumbre, les ordenaba a su vez sufrir por él.

43. Entre los perseguidores estaban también el apóstol Pablo, que se había ensañado con gran ahínco contra los cristianos. Convertido y hecho apóstol, fue enviado más tarde a predicar el Evangelio a los gentiles. Padeció y sufrió por el nombre de Cristo más de lo que él había perseguido contra ese nombre. Fundó iglesias en todas las naciones por donde iba evangelizando y recomendaba insistentemente que quienes procedían del culto a los ídolos y eran apenas iniciados en el culto al verdadero Dios, y para quienes no era fácil desprenderse de sus cosas y distribuir las en servicio de Dios, hicieran ofrendas para los pobres de las iglesias de Judea que habían creído en Cristo (Hch 24,17; 2Cor 9).

De esta forma, con su enseñanza apostólica organizó a unos como soldados y a otros como tributarios, injertando a todos, como había sido anunciado por los profetas, en Cristo, piedra angular, en quien ambos, judíos y gentiles, como muros de distinta procedencia, se unieran en fraterna caridad (Is 28,16; Salmo 117,22).

Más tarde surgieron de nuevo persecuciones más graves y encarnizadas contra la Iglesia de Cristo por parte de los gentiles, incrédulos, y se cumplía así cada día la palabra del Señor: *He aquí que les envío como ovejas en medio de lobos* (Mt 10,16).

#### **CAP. XXIV. Crecimiento de la Iglesia.**

44. Aquella vida, sin embargo, tal como había sido profetizado y el mismo Señor había anunciado, iba creciendo y extendía por toda la tierra sus ramas fecundas, tanto más, cuanto más abundante era el riego de la sangre de los mártires.

tires. El número de los que morían por dar testimonio de su fe era incontable en todo el mundo, al punto que los mismos perseguidores se rindieron, abandonaron su soberbia y altivez y se convirtieron al conocimiento y veneración de Cristo.

Era necesario, no obstante, que esta vid, tal como había sido también preanunciado por Cristo, fuera podada y despojada de los sarmientos improductivos y parásitos (Jn 15,2) de los que habían surgido, un poco por todas partes, herejías y cismas en el nombre de Cristo, por quienes buscaban no la gloria de Dios, sino la de ellos mismos.

La Iglesia, a causa de su enfrentamiento, profundizaba su identidad, a la vez que aquilatava más su doctrina y su paciencia.

45. Todas estas cosas, como sabemos, se realizaron como estaba preanunciado; y de la misma forma que los primeros cristianos, que aún no identificaban esos sucesos con las profecías, afianzaban su fe por los milagros, así nosotros, que sabemos por los libros que todo esto ha sucedido tal como leemos, y que fueron escritos mucho antes que sucedieran, en torno al futuro como si fuera presente, fortalecemos en ello nuestra fe. Y hasta lo que falta por venir, estamos seguros en el Señor, que se cumplirá del mismo modo. Así leemos en las Escrituras que habrá tribulación y que en el juicio, el último día, los ciudadanos de ambas ciudades recuperarán sus cuerpos y darán razón de su vida ante el tribunal de Cristo Juez.

Vendrá en la gloria de su poder el que antes se había dignado venir en la humildad de su humanidad y separará a todos los buenos de los perversos, no sólo los que se negaron a creer en él, sino los que en vano e inútilmente creyeron en él. A los buenos les dará el reino eterno en su compañía. A los malos castigo eterno en compañía del diablo.

Pero como ningún gozo de este mundo puede compararse con el de la vida eterna que han de recibir los santos,

así también ningún castigo de este mundo podrá compararse con el sufrimiento eterno de los malos.

**CAP. XXV. *La vida eterna de los santos. Hemos de ser cautos no sólo de los paganos, judíos y herejes, sino también de los malos cristianos. Nuestra compañía debe estar con los buenos, pero no pongamos nuestra esperanza en ellos.***

46. Por eso, hermano, ratifica tu fe y confianza en el nombre de quien has creído, a pesar de las malas lenguas de quienes se burlan de nuestra fe y por su boca el diablo pronuncia palabras seductoras, sobre todo cuando quiere burlarse de nuestra creencia en la resurrección. Pero tú, por tu misma experiencia, sabes que ahora existes y antes no existías, de la misma forma a como ahora eres un día serás.

Antes que nacieras, o fueras concebido en el seno materno unos pocos años atrás, ¿dónde estaba tu cuerpo y la armonía de tus miembros? ¿Dónde estaban el volumen y la altura de tu cuerpo? ¿No viniste acaso a la luz por obra del Señor Dios que invisiblemente te formó para llegar luego al estado actual por el impulso propio de la vida?

¿Será difícil para Dios que en un instante forma cúmulos de nubes y en un momento cubre el cielo, devolver a tu cuerpo el aspecto que tenía, si lo creó cuando no existía? Cree pues firme e incommoviblemente que todas las cosas que parecen ocultarse a nuestras miradas, permanecen íntegras como son por la omnipotencia de Dios.

Sin fatiga ni descanso las devuelve a la existencia cuando quiere, al menos a las que juzgue oportuno, para que los hombres se den cuenta de sus acciones en los mismos cuerpos en que las realizaron, y por ello merezcan, en esos mismos cuerpos, el don de la eterna existencia en el cielo, según el mérito de su vida, o la condición corruptible y percedera de acuerdo a sus maldades. Y esta situación no será destruida por la muerte, sino que será fuente eterna de dolor y sufrimiento.

47. Escapa, pues, por tu fe inquebrantable y por tus buenas costumbres, aléjate, hermano, de aquellos tormentos donde los verdugos no descansan ni los condenados mueren jamás. Su muerte es interminable pues nunca llegarán a morir en los tormentos.

Lléname en cambio del amor y el deseo de la vida eterna de los santos porque entonces, ni el trabajo será fatiga, ni el reposo será aburrido. Se alaba a Dios sin descanso y sin fastidio. Ni el cuerpo se cansará, ni el ánimo sentirá aburrimiento. No sentiremos necesidad alguna ni carencias, ni en uno mismo para esforzarse en subsanarlas, ni en el prójimo para que nos apresuremos a ayudarlo.

Dios será la felicidad plena de la ciudad santa que vivirá con El dichosa y sabiamente.

Tal como se nos ha prometido, llegaremos a ser como esperamos, iguales a los ángeles de Dios (Lc 20,36), y en su compañía gozaremos con la visión y la presencia plena de la Trinidad, que ahora conocemos sólo por la fe (2Cor 5,7).

Creemos, de hecho, lo que no vemos, y con los méritos de esta fe esperamos lograr alcanzar lo que creemos, para proclamar la igualdad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y la unidad de la Trinidad siendo un solo Dios, no sólo de palabra sino para gozar en silencio con la contemplación intensa y pura de esa realidad.

48. Fija y guarda todo esto en tu corazón e invoca a Dios en el que crees, para que te guarde de las tentaciones del demonio, y sé cauto para no dejarte engañar por ese enemigo, que se consuela perversamente de su condenación, buscando a quien hacer caer en su desgracia. No busca sólo a los cristianos que han aborrecido ese nombre, y se lamentan de que el mismo haya llenado la tierra, mientras continúan dando culto a los ídolos y a las supersticiones de los demonios, sino que intenta seducir también a los mismos cristianos por medio de aquellos que decíamos antes,

herejes y cismáticos, que como sarmientos cortados de la vid, están separados de la unidad de la Iglesia. Y hasta se dan casos de buscar la seducción y la tentación sirviéndose incluso de los mismos judíos.

Hemos de tener mucho cuidado y estar alerta para no ser engañados por quienes están dentro de la misma Iglesia católica y que ella soporta como la paja, hasta que llegue el momento de aventarla y separarla del grano.

Dios tiene paciencia con ellos y hasta busca fortificar con su maldad la fe de los fieles, porque además espera que muchos de ellos, así sea con gran esfuerzo, puedan convertirse. No todos abusan de la paciencia de Dios, atesorando ira para el día del justo juicio, sino que muchos llegan a la penitencia y al arrepentimiento gracias a esta misma paciencia divina (Rom 2,4-5).

Hasta que llegue este momento, se ejercita por medio de éstos, no sólo la tolerancia, sino también la misericordia de los que avanzan por el camino recto.

Te encontrarás de seguro con muchos borrachos, avaros, defraudadores, tahúres, adúlteros, fornicarios, portadores de amuletos, entregados a magos y astrólogos. Te darás cuenta también que las mismas multitudes que llenan los templos los días festivos de los cristianos, llenan también los teatros en las fiestas paganas. Y al verlos es posible que sientas deseos de imitarlo. Y ¿por qué digo que encontrarás si ya conoces esta realidad? No desconoces de hecho que muchos que se dicen cristianos, hacen todas estas cosas malas que brevemente te he enumerado. Y hasta cosas mucho peores hacen a veces los que se ufanan de llamarse cristianos.

Si has venido con la intención de hacer todas estas cosas te has equivocado, y de nada te aprovechará el nombre de Cristo, cuando comience a juzgar con toda severidad el mismo que antes vino en tu ayuda con toda misericordia.

Todo esto lo dejó anunciado en el Evangelio: *No todo el que dice ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino los que hacen la voluntad de mi Padre. Muchos dirán en aquel día: ¡Señor, Señor! en tu nombre hemos comido y bebido (Mt 7,21-22)*. El final para todos los que perseveran en tales obras es la condenación. Cuando veas que muchos no sólo hacen estas cosas, sino que las defienden y convencen a los demás, ajústate a la ley de Dios y no sigas a los detractores. Serás juzgado, no según su opinión, sino según la verdad de Dios.

49. Busca la compañía de los buenos, que en tu opinión, comparten contigo el amor a tu Rey. Encontrarás muchos si tú mismo comienzas a ser bueno. Si en los espectáculos te agradaba mezclarte con los que admiraban las aurigas, gladiadores o histriones, espero te agrade más la compañía de los que aman contigo a Dios, de cuyo amor nadie se avergüenza, pues no sólo es invencible, sino que hace invencibles a los que le aman.

No debes poner, sin embargo, tu esperanza en esas personas que te preceden o acompañan hacia Dios, ni en ti mismo, por mucho que hayas progresado en santidad, sino en quien santifica a ti y a todos. Confía en Dios que no cambia; de los hombres, en cambio, nadie puede estar plenamente seguro. De todas formas, si debemos amar a aquellos que aún no son santos para que lleguen a serlo, cuánto más a los que ya lo son. Una cosa es, sin embargo, amar a los hombres y otra poner la esperanza en ellos, al punto que Dios manda lo primero y prohíbe lo segundo.

Si después de padecer insultos y tribulaciones por el nombre de Cristo sigues aún en la fe y no te desvías del buen camino, recibirás una recompensa mayor. Los que ceden a las insinuaciones del diablo perderán también lo poco que esperaban.

Sé humilde ante Dios para que no permita que seas tentado más allá de tus fuerzas (1Cor 10,13).

**CAP. XXVI. Iniciación de los catecúmenos. Conveniencia de ser breve en los discursos.**

*El Hijo de Dios fue enviado para que fuéramos liberados de la muerte que nos vino por Adán.*

50. Llegados a este punto, ha de preguntársele al catecúmeno si cree y está dispuesto a observar todas estas cosas. Si responde afirmativamente, se le ungirá solemnemente y se le tratará según es costumbre en la Iglesia. En referencia al sacramento que recibe se le hará notar muy claramente que las ceremonias y signos visibles son símbolos de realidades divinas, que en ellos se expresan y que los elementos naturales, santificados por la bendición, no deben tratarse ni tienen ya el uso ordinario que se les da. Ha de explicársele también el significado de las palabras y fórmulas usadas y el simbolismo que encierran.

Debemos aprovechar la ocasión para hacerle notar también que, si alguna vez escucha en las Escrituras Santas algo que le suene carnalmente, aunque no lo entienda, sepa que significa algo espiritual referente a la vida eterna o a la santidad de las costumbres.

Resumiendo: sepa que si alguna vez escuchare algo que no parece tenga referencia alguna al deseo de inmortalidad, verdad, santidad o amor al prójimo, esté seguro que se ha dicho o hecho en forma figurada y se esfuerce en entenderlo referido a aquel amor.

Así entenderá que el prójimo no es sólo el que está cerca, sino todo el que viva en la actualidad o en el futuro en aquella ciudad santa. No desconfíe de la conversión de ninguno a quien la paciencia de Dios permite seguir viviendo. Y no por otra razón sino para que, como dice el Apóstol, sea encaminado al arrepentimiento (Rom 2,4).

51. Si te pareciere largo este discurso con el que he intentado instruir a un supuesto principiante, déjame decirte algo muy rápidamente, pues creo que no debo alargarme ya más. Es muy importante hacer las explicaciones oportunas,

para que se entienda el sentido de las cosas que hacemos, y cuáles son las impresiones del auditorio, por si tiene alguna inquietud o desea alguna otra cosa. Si somos breves habrá tiempo para explicar todo.

Supongamos una vez más que alguien llega con el deseo de hacerse cristiano, y una vez interrogado nos responde como hemos dicho anteriormente; y si no nos respondiere así juzguemos que así debió responder y seguiremos el discurso como te hemos expuesto hasta ahora.

52. Realmente, hermano, es plena y cierta la felicidad prometida a los santos en la eternidad. Esta realidad nuestra pasa y se acabarán una día todas las vanidades, deleites y apariencias de este mundo y arrastrarán consigo a todos sus seguidores. El Dios misericordioso ha querido, no obstante, librar de esta ruina y perdición a todos los hombres, siempre y cuando no se hagan enemigos entre sí, y no se enfrenten a la misericordia de su creador. Para ello envió a su Hijo unigénito, esto es, a su Palabra, igual a sí mismo, por quien había creado todas las cosas. Esta Palabra, sin dejar su divinidad, sin alejarse del Padre, sin modificación alguna, vino a los hombres asumiendo su humanidad, y apareciendo en medio de ellos para que, así como por un solo hombre, que fue creado primero, es decir, Adán, entró la muerte en la raza humana, al consentir a su mujer, seducida por el diablo, para que transgrediera el mandato del Señor, así también por un solo hombre, Jesucristo, Hijo de Dios, que es Dios mismo, se borren todos los pecados pasados y cuantos creen en El entren a la vida eterna (Rom 5,12-19).

**CAP. XXVII. *Las profecías del A. Testamento se cumplen en la Iglesia.***

53. Todo cuanto sucede ahora en la Iglesia de Dios, y en nombre de Cristo en todo el mundo, ya había sido anunciado siglos atrás, y sucede tal cual lo leemos. Esto confirma y robustece nuestra fe.

Alguna vez hubo un diluvio en toda la tierra para destruir a los pecadores; los que se salvaron en el arca eran símbolo y figura de la futura Iglesia, que ahora navega entre el oleaje de este mundo y se salva del naufragio en virtud de la cruz de Cristo.

A un hombre, Abrahám, siervo fiel de Dios, se le anunció que de él nacería un pueblo que daría culto al verdadero Dios en medio de los demás que adoraban ídolos. Y todo lo que se anunció a este pueblo, sucedió tal cual había sido dicho.

Se profetizó también que de aquel pueblo, de la misma raza de Abrahám, vendría el Cristo, rey de todos los santos y Dios mismo. Todos serían pues hijos de Abrahám, imitando su fe. Y así sucedió: Cristo nació de María virgen, que era descendiente de Abrahám.

Se anunció por los profetas que padecería martirio en cruz, a manos del mismo pueblo judío, a cuya raza según la carne pertenecía. Y así sucedió.

Se predijo que resucitaría; resucitó, y según los anuncios de los profetas, subió a los cielos y envió a sus discípulos al Espíritu Santo.

Se anunció, no sólo por los profetas, sino por el mismo Señor Jesucristo, que su Iglesia se extendería por todo el mundo, gracias a la sangre y a los padecimientos de los mártires. Esto se anunció cuando aún era un perfecto desconocido para la gran mayoría de los pueblos, y donde ya se le conocía se burlaban de él.

Y, sin embargo, gracias a los milagros que él mismo hizo, o los que realizaron sus seguidores cuando anunciaban el evangelio y la gente creía, todo esto vemos que también se realizó, como había sido anunciado. A tal punto, que los mismos reyes, que antes perseguían a los cristianos, ahora eran fieles seguidores de Cristo.

Se había preanunciado también que surgirían cismas y herejías en la Iglesia, que buscarían al amparo de su

nombre su propia gloria y no la de Cristo. Y así también sucedió.

54. La pregunta ahora es: la cosas que faltan por venir ¿sucederán? Es evidente que al igual que estas cosas anunciadas ya sucedieron, también sucederán las futuras. Faltan aún muchas tribulaciones a los santos, sin olvidar el día del juicio que separará a los malos de los justos en la resurrección de los muertos, cuando no sólo los que están fuera de la Iglesia, sino la paja que está dentro de la Iglesia, y que debemos tolerar con mucha paciencia hasta el momento de la última depuración, cuando será arrojada al fuego.

Quienes se burlan de la resurrección, pensando que no podrá resucitar esta carne que se ha de pudrir, resucitarán para sufrir en ella misma el castigo. Y Dios mismo les hará ver que quien pudo hacer estos cuerpos antes que existieran, puede en un momento rehacerlos como eran. Y todos los fieles que habrán de reinar con Cristo, resucitarán con su propio cuerpo, de forma que merezcan ser cambiados a la incorrupción de los ángeles, para que sean iguales a los ángeles de Dios, tal como el Señor mismo lo había prometido (Lc 20,36). Y para que le alaben sin cesar y sin fastidio, viviendo siempre con El y de El, con tanto gozo y felicidad que no somos capaces de decir ni pensar.

55. Tú que crees estas cosas, cuídate de las tentaciones, mira que el diablo anda buscando quienes perezcan con él. No te dejes seducir por quienes están fuera de la Iglesia, sean paganos, judíos o herejes. Tampoco por los que dentro de la Iglesia siguen viviendo mal y no saben moderarse en los placeres de la gula, o los impúdicos, o entregados a novelorías y magias vanas e ilícitas, a los espectáculos, sortilegios, magia negra, o dominados por la vanidad y arrogancia de la avaricia y la soberbia, o cualquier otro tipo de vida prohibido y castigado por la ley. No les imites, más bien júntate con los buenos, a quienes fácilmente encontrarás si tú mismo eres bueno para que honren y amen a Dios desinteresadamente. El será nuestro premio y gozaremos de su bondad y belleza en la vida eterna.

Pero hemos de amarle, no como lo que vemos con nuestros ojos, sino como se ama la sabiduría, la verdad, la santidad, la justicia, la caridad y otras semejantes. Y no como estas virtudes se encuentran en los hombres, sino como se dan en la misma fuente de la sabiduría incorruptible e inmutable.

Júntate, pues, a los que veas que aman estas virtudes, para que te reconcilies con Dios por medio de Jesucristo, que se hizo hombre para ser mediador entre Dios y los hombres.

Los hombres malos y perversos, aunque estén dentro de los muros de la Iglesia, no entrarán en el reino de los cielos, porque a su debido tiempo serán separados, si antes no cambian a una vida mejor.

Imita a los buenos, tolera a los malos y ama a todos, porque no sabes cómo será mañana el que hoy se porta mal. No ames su injusticia, sino ámales para que lleguen a la justicia, porque no sólo se nos ha mandado el amor a Dios, sino también el amor al prójimo, y en esos dos preceptos se funda toda la Ley y los Profetas (Mt 22,37-40).

Esta ley no la cumple sino quien haya recibido el Espíritu Santo, igual al Padre y al Hijo, porque la misma Trinidad es Dios y en este Dios hemos de poner toda esperanza. No la pongamos en el hombre, sea quien fuere. Una cosa es quien nos santifica y otra aquellos con quienes somos santificados.

El diablo no tienta no sólo por las pasiones y deseos, sino por el temor a las burlas, dolores y a la misma muerte. Mayor será el premio, cuanto más el hombre sufra por el nombre de Cristo y por la esperanza de la vida eterna, siempre que lo tolere con perseverancia. Pero si cede ante el diablo, se condenará con él.

Las obras de misericordia y la humildad sincera consiguen del Señor que no permita que sus siervos sean tentados más allá de sus fuerzas (1Cor 10,13).

## TITULOS PUBLICADOS EN LA COLECCION OALA

### Serie Verde

- Nº 1. **San Agustín de Hipona y la Pastoral de la Liberación**, Clodovis Boff, OSM. Iquitos 1984.
- Nº 2. **...Y Perdónanos Nuestras Deudas... La deuda externa de América Latina**. Tomás Burns. Iquitos, 1984.
- Nº 3. **Ciudad y Reino de Dios en San Agustín**, Noé Zevallos H.S.C. 1985.
- Nº 4. **Opción por los Pobres. Desafíos y perspectivas para la educación católica**. Iquitos, 1985.
- Nº 5. **Agustín de Hipona. Regla para la Comunidad**. T. J. Van Bavel. (Edición especial, 2.30 dólares más gastos de envío). Iquitos, 1986.
- Nº 6. **Los Agustinos en América Latina. Pasado y Presente**. P. Roberto Jaramillo, Compilador (Edición Especial, \$ 5.80 dólares más gastos de envío). Iquitos, 1987.
- Nº 7. **Misiones Agustinas en América Latina**. P. Hipólito Martínez, Compilador. Iquitos, 1988.
- Nº 8. **De Catechizandis Rudibus**. Orientaciones básicas para la Catequesis. Agustín de Hipona. Iquitos, 1992.

### DE PROXIMA APARICION

**Los Agustinos en América Latina. Pasado y Presente.**  
(Segunda edición).

### Serie Roja

- Nº 1. **Vida Agustiniiana en América**. Selección de textos de la OALA (1970-1980). Iquitos. 1983.
- Nº 2. **Directorio de las casas de los Agustinos en Latinoamérica**. Nueva edición, con información de utilidad: 1990.

### Serie Azul

- Nº 1. **Estatutos de la OALA**. Aprobados en la VII Asamblea. Iquitos, 1983.

- Nº 2. **Estatutos de la OALA.** Versión Aprobada en la X Asamblea del Consejo. Iquitos 1987.  
Precios por ejemplar: \$ 1.20 dólares, más gastos envío.  
Pedidos: Secretaría General, Apartado 145, Iquitos (Perú).

**SERIE IN ANTIQUIS NOVA**

- Nº 0. **San Agustín y la Liberación. Reflexiones desde Latinoamérica.** Simposio OALA de Lima, diciembre 1985. XVI Centenario de la Conversión de San Agustín. CETA - OALA - CEP. Lima, 1986.
- Nº 1. **La vida cotidiana en Africa del Norte en tiempos de San Agustín.** Versión castellana de la obra de A.G. Hamman, CATA - FAE - OALA. Iquitos, 1989.
- Nº 2. **Práctica y Contemplación en América Latina. II.** Simposio Cochabamba. OALA. 1989. Joaquín García, Compilador. OALA - CETA. Iquitos, 1991.
- Nº 3. **El camino de la Comunión de bienes. La Regla de San Agustín comentada en la perspectiva de la Teología de la Liberación.** Clodovis Boff. OALA - CETA. Iquitos, 1991.

**FUERA DE SERIE**

**Confesiones de San Agustín.** Versión especial para América Latina. Iquitos, 1986.

Se terminó de imprimir el libro  
**DE CATECHIZANDIS RUDIBUS**  
el día 28 de Agosto de 1992  
festividad de nuestro Padre San Agustín  
Padre de la Iglesia.



*LA OALA pone hoy a disposición todos los predicadores y catequistas un código agustiniano que viene a lograr una síntesis más perfecta de lo que ha de ser una metodología apta para todos los tiempos y define las condiciones mínimas para que el mensaje sea aceptado, comprendido, amado y puesto en práctica.*

*A buen seguro que este opúsculo tan simple y tan humano seguirá siendo el faro y guía de quienes creemos en el Dios de Jesús, y queremos anunciarlo".* P. Joaquín García S. O.S.A.



ORGANIZACION DE AGUSTINOS DE LATINOAMERICA